

HAROLDO FOULKES

LOS KELPERS

EN LAS MALVINAS Y EN LA PATAGONIA



Corregidor 





LOS KELPERS

EN LAS MALVINAS Y EN LA PATAGONIA

Del mismo autor

LAS MALVINAS: UNA CAUSA NACIONAL

La joven viuda de Reinaldo Reed, Pamela Margarita McCleod y sus nueve hijos, todos nacidos en las Malvinas, frente a su casita en el barrio bonaerense Don Orione, entre Claypole y Burzaco. En la foto que ilustra la tapa de HECTOR RAGO.

HAROLDO FOULKES

LOS KELPERS

EN LAS MALVINAS Y EN LA PATAGONIA

Corregidor



Copyright by EDICIONES CORREGIDOR, 1983
Avda. Corrientes 1583 - (1042) Buenos Aires
ISBN: 950-05-0329
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina

*A mis ex alumnos de la Escuela de
Periodistas del Círculo de la Prensa
de Buenos Aires*



INDICE

PROLOGO, por Dardo Cúneo	11
NOTICIA PRELIMINAR	19
CAPITULO I	
Quienes son y cómo viven los nacidos en Malvinas. Campo y ciudad. Opiniones. Los expatriados	21
CAPITULO II	
Sus antecesores. Los gobernadores de ocupación. Intento de reforma agraria.	41
CAPITULO III	
Actividad religiosa en las islas. La iglesia Católica. Migone, sacerdote de Don Bosco	62
CAPITULO IV	
Comunicaciones entre las Malvinas y la Patagonia, en los siglos XIX y XX. Kelpers en Santa Cruz. Arrendamientos a la extranjería	80
CAPITULO V	
Los kelpers después de la guerra. Su tranquilidad quebrada. Incertidumbre sobre su futuro	100
CAPITULO VI	
Necesidades económicas del archipiélago bajo una administración argentina. Londres, ahora se acuer- da de los kelpers. Exodo de jóvenes.	117
REFLEXION FINAL.	133

Prólogo

I. Nos pesa —nos pesará, acaso, con mayores agobios aún— la más que centenaria indiferencia con que la República se desentendió en trazarse políticas, es decir, previsiones y realizaciones, para ejercer la soberanía nacional en los mares del sur. “La República es pastora, sólo pastora, nunca marinera”, señalaba en *El desencuentro argentino*, 1965. “Se repliega —agregaba— sobre la pampa húmeda a esperar todo de su suficiente generosidad; no se atreve a más. ¿Tenía maneras de atreverse? La República no tiene fuerzas de expansión y su política de aguas es fluvial, no atlántica, con la cual brega por el control de Buenos Aires sobre la Cuenca del Plata e imponer la subordinación del país al puerto de Buenos Aires; es política más represiva que expansiva. La costa atlántica queda descubierta; por ella no anda el Estado; el Estado es rioplatense”. Así, la mala suerte de las Malvinas. Cuando Gran Bretaña las confisca, queda como diez años sin guarnición. Esa circunstancia, incluso, como lo hace notar Haroldo Foulkes, en este libro, no alentó el rescate. Las dejamos, sin reacción posible, en manos ajenas. Las presentaciones rutinarias del trámite burocrático diplomático no

saldaban, desde luego, cuenta alguna; y hay el momento rosista, en que una instrucción del Ministro Arana le indica al representante argentino en Londres que procure tantear la enajenación de las islas a cambio de la deuda con los usureros de la República. El invasor asentaba una economía pesquera, que ejercía el control de la pesca de la ballena para satisfacción del mercado de aceites. “De ahí que fuéramos —insistía en *El desencuentro argentino*—, sobre la llanura que se vuelca sobre el Río de la Plata, criadores de vacas y ovejas. Y que Inglaterra se encargara, por su cuenta, de las ballenas criollas de nuestro renunciado Atlántico, desde las bases de las usurpadas islas. Si la vaca fué el término de la dominación inglesa sobre nuestras praderas, la ballena fué el término de esa dominación en las aguas argentinas del sur. En aquella operación, Inglaterra es socia mayor de la oligarquía estanciera; en esta otra actúa sin socia colonial; asociando a la oligarquía estanciera a aquel negocio ha satisfecho y limitado su ambición como para que no se oponga ni pida participación en este otro. Para dilatar el radio de la explotación vaquera hay Ejército que, batiendo al indio, consolida territorialmente el Estado rioplatense de los hacendados. No hay, en cambio, Escuadra que, organizada con recursos pares a los que sirvieron al Ejército, se lance a la colonización permanente de la costa atlántica y tienda a recuperar la riqueza de las aguas del sur al patrimonio nacional, que hubiera sido método de ampliar los significados nacionales del Estado y las escalas culturales de la República”.

Sobre ese fondo de doble sometimiento, la República, sin política atlántica, olvida a las Malvinas. En vano consideraciones tan razonadas como las del Capitán de Navío Segundo R. Storni, lector de Ratzel, quien, errando al suponerles falta de proyección comercial, se refería a los riesgos pendientes para nuestra soberanía con alarmas que, precisamente, ahora se reactualizan: "La creación de una base naval extranjera en las islas Malvinas no podría tener si no, como una de sus inmediatas consecuencias, el dominio de nuestros mares adyacentes y sus costas". (*Los intereses argentinos en el mar*, 1916).

II. En nuestros días y en términos históricos, la reivindicación argentina forma parte del proceso de descolonización que se inicia al cabo de la segunda guerra mundial ganada para la convivencia democrática entre los pueblos, pero que no alcanzaría a nuestras Malvinas ocupadas. Gran Bretaña acató las exigencias anticolonialistas en varias partes del globo. No las acató en el Atlántico Sur. Para estas islas nuestras no se había ganado esa segunda gran contienda en nombre de las perspectivas de liberación de los territorios sometidos a designios imperiales. Esas islas seguían bajo colonia de un imperio decadente, que ya no las necesita tanto como antes en las veces de estaciones ballaneras, puesto que grandes unidades marítimas cumplen las funciones de aquellas y las aguas no retienen la riqueza que, sistemáticamente, les fuera saqueada. En su libro *Las Malvinas. Una causa nacional*, 1978, Haroldo

Foulkes nos informa: "Ya hace muchos años que la ballena ha ido desapareciendo paulatinamente de los mares australes, y hoy son muy pocos, comparativamente, los ejemplares que todavía surcan las aguas adyacentes a las Georgias del Sur, donde estaban radicados los más importantes establecimientos dedicados a la industria ballenera. La caza de la ballena, me dijeron en Puerto Stanley, está amenazada ya con su extinción. ¿Otra depredación del hombre contra la naturaleza? "

III. El rescate militar del 2 de abril de 1982 tenía legitimidad históricamente ante el mundo. Lo que no tenía era responsabilidad histórica ante los argentinos. Pues, la causa permanente —y exigente— de la soberanía nacional no podía estar referida a una sorpresiva especulación política-militar de un gobierno en busca oportunista de un consenso nacional, que le faltaba, precisamente, porque no era instrumento de soberanía nacional: en esos mismos momentos su servil política económica proseguía el vaciamiento del aparato productivo y la confiscación de los intereses populares en favor de las multinacionales financieras. De ahí, la oportunidad de la declaración de la S.A.D.E. Sociedad Argentina de Escritores, la misma tarde del 2 de abril: "La soberanía nacional comprende la integridad territorial, la política exterior independiente, la economía productiva en expansión, la propia evolución cultural y el pleno desarrollo democrático y pluralista de nuestra sociedad".

La respuesta inglesa fué extrañada de sus viejos

archivos imperiales. Los cañones que, en 1833, desalojaron al pabellón criollo y ampararían luego la instalación de una importada población colonial volvieron a su viejo oficio humillador, componiendo, en trazos anacrónicos, una caricatura victoriana. En ello contó con el apoyo de los Estados Unidos, cuya doctrina Monroe en nada había servido en 1833, teniendo diez años de haber sido anunciada, tal como nunca sirvió a la defensa de los intereses de América Latina. La Comunidad Económica Europea se apresuró a tomar partido contra la reivindicación argentina con medidas que no se atreviera a tomar ante la expansión soviética en Afganistan. Hoy como ayer alianzas colonialistas, despliegue imperial. Ya era posible advertir que el conflicto revelaba causas más generalizadas, configurándose el frente del norte, que lo es de los países altamente industrializados de Occidente, monopolizadores de la tecnología al día, mostrando su voluntad de invariable acoso económico, su voluntad de sometimiento sobre los países del sur, bloqueados en su desarrollo, a los que insisten en quererlos como despensas de regateados productos primarios, fáciles mercados importadores e igualmente fáciles plazas financieras sobre las cuales volcar sus crisis.

VI. Una causa legítima como la de las Malvinas argentinas, a pesar de planteada con las estériles incoherencias de un gobierno sin representación nacional, determinó un conflicto clave para sincerar las falacias que sustentan al actual orden inter-

nacional. Occidente quedó emplazado a lavar su sucio rostro. No hay ordenamiento cierto con viejos módulos imperiales.

Pero, para los argentinos, no es menos el significado de clave que dejan pendientes las Malvinas. No ha de ser una economía tributaria de las multinacionales financieras —como la que hoy impera para dolor del pueblo y fraude de la nacionalidad— la que consiga el planteo coherente de nuestra soberanía en los mares del sur. El rescate de las Malvinas —y, sobre todo, una política argentina hacia el mar— requiere emplazarse desde la comprensión de la soberanía nacional con criterios que comprendan la integridad territorial, la política exterior independiente, la economía productiva en expansión, la propia evolución

V. El argentino Haroldo Foulkes, con cuya amistad me honro desde que lo conocí, hace más de treinta años, en frentes arriesgados de la lucha democrática, acierta plenamente en sus observaciones y juicios. Varios años de corresponsal periodístico en Londres, otros tantos como embajador en países en desarrollo, dos permanencias de observador directo en las Malvinas habilitan a su veterana capacidad de periodista para escribir, con patriótico ánimo esclarecedor, sobre los distintos tiempos de nuestra antigua humillación. Su primer libro sobre el tema hizo, en 1978, recuento para concertar ordenado análisis actualizador. O sea, libro con valor indispensable de guía. Ahora, en un segundo libro igualmente esclarecedor, prosigue sus delibe-

raciones informativas que mucho ayudarán a fijar las necesarias previsiones para sostener con coherencia —que es condición de victoriano sólo el derecho argentino sobre las islas, sino la urgente política de integración de territorios y mares del sur bajo efectiva soberanía. No es, por cierto, el menor favor que prestan estas nuevas páginas suyas, sus revelaciones acerca de la inmigración de Kelpers hacia nuestra Patagonia, como consecuencia de que el gobierno del general Roca les ofreciera y facilitara tierras continentales nuestras a los colonos malvinenses de la Reina Victoria.

Este muy oportuno libro es documento imprescindible para la meditación argentina ,para la lucha argentina.

Dardo Cúneo.

Noticia preliminar

Me propuse escribir esta modesta contribución al que sigue siendo apasionante tema de las islas Malvinas, como una continuación suplementaria de mi anterior ensayo titulado *LAS MALVINAS' UNA CAUSA NACIONAL*, que también publicó *Corregidor*, con una primera edición en julio 1978 y una segunda, actualizada, en marzo 1982.

Para el presente trabajo me sirvieron de muy útiles "ayuda memoria", la lectura de publicaciones de *Carlos T. de Pereira Lahitte*, y de los libro "Falkland Heritage", de *Mary Trehearne*; "Utter most part of the Earth", de *E. Lucas Bridges*, "Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur ante el conflicto con Gran Bretaña", de *Laurio H. Destéfani*; "33 años de vida Malvinera", de *Mario Luis Migone*, sacerdote de Don Bosco; "La Patagonia Trágica", de *José María Borrero*; "Una flor entre hielos", de *Raúl A. Entraigas*, SDB nacido en la Patagonia; y "Las Malvinas y el petróleo", de *Adolfo Silenzi de Stagni*.

Debo agradecer especialmente a mi distinguido amigo, Dardo Cúneo, presidente de la Sociedad Argentina de Escritores, por vestir con su prólogo esta crónica de *LOS KELPERS en las Malvinas y en la*

Patagonia; como asimismo el apoyo prestado personalmente por *Luis González Balcarce*, *Carlos M. Moyano Llerena* y *E. J. Colvill Jones*, sin cuyos contactos hubiera sido mucho más dificultosa la concreción de este trabajo. Sin olvidar, por supuesto, a *Manuel Pampín*, titular de *Ediciones Corregidor*, entusiasta propulsor de escritores argentinos.

El Autor

Capítulo I

La primera vez que escuché la palabra *Kelper* como referente a los nacidos en las islas Malvinas, fue en Londres, en el mediodía del 10 de septiembre de 1964, de boca de Jock Halcro Ferguson, columnista de asuntos latinoamericanos del dominical *The Observer*. Ocurrió cuando nos encontramos camino hacia el Foreign Office, para saber qué diría el vocero de ese alto ministerio británico, sobre la noticia que tuvo el más inusitado despliegue en los medios de comunicación de la capital del disminuido imperio colonial. Se trataba del acontecimiento que dos días antes, el 8, sacudió las teletipos del mundo, protagonizado por un aviador civil argentino. Y al encontrarnos, recuerdo muy bien, a casi veinte años de entonces, que Jock exclamó al verme:: “¡Qué conmoción para los Kelpers!”.

Antes de seguir con el tema, será bueno que el lector conozca algo más sobre este distinguido colega inglés, de quien entre su nutrida producción, se destaca un fascinante estudio titulado “The Revolutions of Latin America”, publicado en 1963 por la editorial londinense Thames and Hudson. Me hice su amigo durante mi estada allí como corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires y colabora-

dor de los servicios exteriores de la BBC, en sus estudios de Bush House, entre febrero de 1961 y diciembre de 1965. Lamentablemente, en 1968 recibí en mi domicilio porteño la visita de la esposa de Ferguson, Valerie —también ella periodista y escritora— que había viajado al Brasil y estaba de paso por nuestro país en camino a Chile. Esta joven señora, me dio la triste nueva de la muerte de Jock, atacado ferozmente por un cáncer en la flor de su vida.

Pero volvamos al tema de la diaria conferencia de prensa del vocero del Foreign Office.

Tal vez el relato más apropiado del principal tópico de ese mediodía, surja del despacho que envié a mi diario, vía The Associated Press, que *La Nación* publicó en primera página, con título a tres columnas. Decía así:

“Londres, 10 —Las islas Malvinas, en su versión inglesa de Falkland Islands, ocuparon hoy la atención de los principales rotativos londinenses, no solamente en la crónica, sino también en la parte gráfica.

“Los diarios de esta capital muestran a Miguel Fitz Gerald con la bandera argentina que plantó en la discutida porción geográfica del Atlántico Sur.

“El episodio agregó así un ingrediente espectacular al proceso de la justa reivindicación que nuestro país ha llevado ahora al foro internacional, y este mediodía, en la habitual conferencia de prensa del Foreign Office, planteamos el tema. Como se sabe, estas reuniones cuentan con un autorizado vocero del Ministerio de Relaciones Exteriores británico,

quien, a una pregunta del corresponsal, confirmó que aver había sido llamado el embajador argentino, quien mantuvo una entrevista con el lord Carrington, ministro sin cartera, que está generalmente a cargo de los asuntos extranjeros cuando no interviene directamente en ellos el titular, Richard Butler.

“Se nos dijo en esta oportunidad que, efectivamente, el tema había sido el de las islas Malvinas, pero no referido al hecho en sí del avión y la bandera, sino al del importante nivel en que está siendo debatido en el comité de los veinticuatro de la UN.

“Tuvimos la impresión de que la actitud del joven Fitz Gerald ha querido ser minimizada por las autoridades de aquí, seguramente para deslindarla de cualquier complicación. A una pregunta sobre si se habría producido o si se produciría algún reclamo por parte del gobierno británico, un vocero del Foreign Office manifestó claramente que ello no correspondía, pues se trataba de un acontecimiento aislado, que no comprometía una posición oficial argentina.

“En nuestra embajada, por otra parte, no fue posible lograr ninguna información, ya que nuestro representante, el doctor Adolfo Vicchi no estuvo visible, pues ocupó íntegramente la jornada asistiendo a las reuniones que, en “Church House”, en Westminster, realiza el organismo consultivo marítimo internacional, dependiente de las Naciones Unidas. Pero pudimos saber, en fuentes responsables, que la reunión de ayer con el lord Carrington

respondió al solo motivo de intercambiar informaciones sobre el delicado asunto. Esto está avalado, además, por el propio funcionario local en la reunión de prensa, cuando manifestó que “lógicamente mantenemos contacto con el gobierno argentino sobre la situación, dentro de los canales naturales de consulta”.

“Evidentemente —concluía mi información desde Londres— se quiere evitar una fricción inútil, ya que la misma seriedad del planteamiento de nuestra Cancillería necesita en estos momentos de un manejo tan firme como prudente. Esta conducta responsable es la única capaz de despertar el apoyo del fuero universal del derecho, para que las islas Malvinas sean reconocidas como parte legítima de nuestro territorio nacional”.

Tal vez este último párrafo de mi despacho, haya sido dictado en la convicción personal de que muy pronto gobernarían los laboristas, pues era voz corriente en el Reino Unido que en las elecciones del 15 de octubre siguiente, Harold Wilson sería el nuevo primer ministro, como que así ocurrió. Y pensé que con mi país administrado por el gobierno constitucional del doctor Arturo Umberto Illia, las negociaciones bilaterales recién comenzadas en el más alto foro mundial —como es sin duda alguna la ONU— podían avanzar seguramente hacia la única solución posible, que no era, ni es otra, que la devolución lisa y llana del archipiélago a nuestro patrimonio. Además, en Washington, todavía ocupaba la presidencia el partido Demócrata. Es decir, que se daba el triángulo óptimo para la mejor

definición negociada del diferendo. Desgraciadamente, las cosas cambiaron más tarde en los tres países: los "tories" de nuevo en Whitehall, gobierno militar de facto en la Argentina, y administración republicana en la Unión.

Retomando el hilo de los Kelpers, digamos que el vocablo proviene de la circunstancia que las Malvinas están rodeadas de algas (*kelp*, en inglés), y que en la vieja metrópolis colonial, la palabra sonaba con un cierto matiz peyorativo en relación con los nacidos en las islas.

Esto era así, porque los descendientes de los primeros colonos de ciertas dependencias del viejo imperio, todavía eran considerados ciudadanos de segunda clase, vale decir, sin el goce pleno de la totalidad de los derechos de los nacidos en el Reino Unido. Esta condición limitativa les fue superada a los malvinenses por reciente Acta (ley) del Parlamento, comunicación oficial que se permitió darles personalmente la primera ministra Margaret Thatcher en el viaje proselitista que realizó al archipiélago en los primeros días de enero de 1983, remarcando así políticamente el episodio del sesquicentenario colonialista de 1833. Ocupación británica por la fuerza, facilitada, ciertamente, por la nula oposición del oficial Pinedo, quien tenía a su cargo la custodia en el lugar de los intereses argentinos. Conducta inexplicable, pues él conocía perfectamente el Art. 9º del Código de Honor Naval, que especifica que en caso que el pabellón argentino fuera afectado por una potencia extranjera con ocupaciones o ataques, debería ser defendido hasta

sus últimas consecuencias. De haberse hecho honor a ello, y resistido Pinedo, aun con los pocos elementos a su alcance, tal vez otra hubiera sido la historia. Pero ésta se escribe con los datos de la realidad, y no en base a lamentos por los errores cometidos.

De modo que allí estuvieron los ingleses a partir de entonces, con el muy breve y costoso intervalo que fue desde el 2 de abril hasta el penoso 14 de junio de 1982, y sobre cuyos responsables, será en definitiva el juicio histórico el que determinará las razones o las sinrazones de lo que fue *gesta* para algunos, y *aventura* para otros.

Corresponde decir aquí, porque hace al tema central de este trabajo, que una imprevisión de los conductores de la frustrada guerra, fue no haber tenido en cuenta el sentimiento de los kelpers ante la ocupación militar argentina. Era natural su estado de ánimo contrario a la presencia de nuestras tropas, y fue también natural que ellos, por todos los medios posibles, trataran de ayudar a las fuerzas británicas de mar, tierra y aire, pasándoles información útil, que se sumaba a la que, vía satélite, le suministraba al enemigo la alta tecnología de los Estados Unidos.

¿Pudo acaso pensarse que nos recibirían como libertadores?

Esta ignorancia sobre el posible comportamiento de los nativos malvinenses, me tocó advertirla personalmente, cuando en una de las tantas entrevistas que sobre el tema me hicieron en pleno

desarrollo de la guerra, un conocido periodista radial pretendió convencerme que los kelpers saludan nuestra reocupación de las islas como sintiéndose liberados de su condición colonial.

Esto, evidentemente, era no conocer nada a los isleños. Lamentablemente pudo comprobarse, pocos días después de realizada esta audición que comento, el apoyo total de los locales a los ingleses, apenas pusieron pie en las playas de San Carlos. Y allí, como se sabe, comenzó la pendiente.

Lo concreto es que esa batalla perdida suscitó en el pueblo argentino, —que consideraba desagradecido e inexplicable su comportamiento— una viva curiosidad por saber quienes son los kelpers, como viven, en qué se ocupan, cómo fueron sus antecesores. Por ello, este ensayo procurará satisfacer esas legítimas inquietudes.

Comencemos por decir que los *malvinenses* —mejor gentilicio que “malvineros”, así como es de buen idioma decir *isleño* y no “islero”— son los nacidos allí, ya que a los demás habitantes, en su gran mayoría funcionarios del gobierno de ocupación, ejecutivos y empleados contratados en Londres, les llamaremos *expatriados*.

Esta población tiene algunas características curiosas. Entre los 1800 habitantes regulares del archipiélago, es notable la mayor proporción de hombres sobre las mujeres —problema agudizado luego de la guerra por la presencia de un fuerte contingente de efectivos militares británicos—; y debido al relativo éxodo de jóvenes en busca de mejores horizontes, puede decirse que hoy en

Malvinas la pirámida humana está envejeciendo. Sin embargo, el kelper, como todo nacido en una isla, desarrolla un vigoroso sentimiento de arraigo a su tierra, y algunos de los que emigran, regresan, al extrañar el ambiente donde crecieron y quedaron sus amigos de la infancia.

Un ejemplo de ello, es que muchos jóvenes malvinenses, de ambos sexos, ha efectuado estudios secundarios en nuestro país y en el Uruguay; y muy pocos de ellos escaparon a la nostalgia de la vida isleña, sencilla y opuesta al ritmo vertiginoso de las multitudinarias ciudades modernas. Y así, atacados de un insuperable *home-sick*, mal aprovecharon sus estudios en el continente.

¿Y cómo es, físicamente, el nacido en las Malvinas?

Es un tipo humano en el que se advierte su origen británico, con la piel curtida por la intemperie isleña. Las mujeres son en general guapas, de cabellos rubios y ojos azules, las que son mayoría sobre las morochas.

Todos los domingos van a las iglesias. El mayor número concurre a la catedral anglicana, otros muchos a donde se oficia el culto evangélico y el de los bautistas, y poco más de un centenar al templo católico de Santa María.

Estas cosas que digo sobre los malvinenses, y las que seguiré diciendo más adelante, surgen de comprobaciones personales hechas en las propias islas, en las dos oportunidades en que las visité. La primera de ellas fue en enero de 1976, como enviado especial del entonces circulante matutino

La Opinion, de Buenos Aires; y la segunda, casi cuatro años más tarde, en la última quincena de diciembre de 1979, invitado especialmente por nuestra Cancillería y por Líneas Aéreas del Estado (LADE). De la primera experiencia, surgió el libro *Las Malvinas, una causa nacional*, que editó *Corregidor* en julio de 1978; y de la segunda, una edición actualizada a marzo de 1982, por supuesto, por la misma imprenta.

En cuanto a la indiosincrasia del kelper, está hecha a la medida del comportamiento colonial, y ello lo presenta como un ser naturalmente retraído. En Puerto Stanley —rebautizado Puerto Argentino durante los 74 días que duro la frustrada reconquista— casi la única diversión es el alcohol. La juventud no practica deportes regularmente, y luego de cumplir los 18 años puebla las tabernas apenas deja las ocupaciones diarias. Allí la cerveza —a temperatura natural, como se bebe en Londres y en todo el Reino Unido— es el nervio motor de estas mujeres, de estos hombres y de estos jóvenes que queman sus horas en los bares, en un intento —aparentemente logrado— de escapar a su tremenda soledad.

Sobre la vida en sí de los malvinenses, digamos que es, como ya adivinará el lector, inclemente por el clima y rutinaria sin remedio. Pero nadie piense que el kelper no es feliz en lo suyo, en esa comunidad heredada de sus padres, de sus abuelos y de sus bisabuelos; y ellos rodeados a su vez de sus hijos y de sus nietos. Todo lo contrario. Asumen con dignidad su condición de coloniales, y se

aferran a los símbolos remanentes del otrora gran imperio amando a su reina, porque bajo esos símbolos nacieron y crecieron. Esto explica que no acepten, de ningún modo, perder su nacionalidad británica, con mayor razón ahora en que la metrópolis les ha prometido ocuparse más de ellos.

Hay malvinenses cultos, amigos de la buena lectura. Disponen para ello de excelentes oportunidades los fines de semana, ya que los días laborales son de lunes a viernes. En la juventud, en cambio, no es común este sano hábito de frecuentar los libros, y son en realidad muy pocos los que lo hacen. A su vez, los niños disfrutaban con las revistas de historietas en colores, cosa que los diferencia muy poco de los niños de la Argentina continental.

A la población del campo, se la debe catalogar como de alta clase media, razonablemente rica, que constituye el grupo de mayor independencia de criterio político, aun del propio gobierno colonial de ocupación. Claro que en su gran mayoría se oponen a que le sea reintegrada a la Argentina la soberanía del archipiélago. Junto a ellos, los estancieros, conviven capataces y peonada, todos kelpers, así como algunos gauchos argentinos y orientales, que son los encargados de la doma y atención de las caballadas; y también chilenos conchabados en Punta Arenas, los hombres para la esquila y sus mujeres para el servicio doméstico en las cómodas y amplias residencias campesinas.

En cuanto a los expatriados residentes en las islas, se cuenta a los funcionarios coloniales, a los

gerentes y altos empleados de la FIC (Falkland Islands Company), que, como se sabe, es la empresa (hoy controlada por un *holding* distribuidor de petróleo), que explota el 46 por ciento de las tierras aptas del archipiélago y la gran mayoría del negocio de la lana, única fuente de recursos genuinos de las Malvinas.

El resto del personal de la campaña que monopoliza la economía isleña, está compuesto por kelpers y algunos chilenos que, escapando a la pobreza de su país, se mezclaron con la población nativa de las islas, realizando las tareas menores y más humildes.

Existen otras ocupaciones, por ejemplo, las que realiza gente mayor en tareas municipales, de policía y correos y en el departamento de obras públicas de la ciudad capital; y en un nivel muy superior, aunque menor en número, la de maestras y maestros que enseñan en las escuelas de Stanley y de Darwin a niños entre los 5 y 15 años de edad, además de aquellos que recorren el campo (allí se utiliza, como entre nosotros, esta palabra del idioma español) impartiendo instrucción, en tarea discontinua y viajera, a los hijos de los estancieros y de sus peones. En los establecimientos más importantes, se proyectan películas en 8 mm., los días sábado.

La dieta del malvinense, tanto en la ciudad como en el campo, está constituida, básicamente, por carne de cordero. Comen también papas y batatas, y gustan de las ensaladas frescas. No faltaba en alguna mesa, en el desayuno, la manteca y el dulce

de leche proveniente de nuestro país, lujo que, estoy seguro, extrañarán ahora.

El *cup of tea* de la tarde, era allí tan tradicional, de acuerdo con mi experiencia, como en Londres; por supuesto con los clásicos *scones* con los que también nuestras abuelas nos sabían deleitar en las meriendas.

La vestimenta, es la acostumbrada para el clima de estas frías regiones, siendo los gamulanes la prenda más popular. En todas las viviendas, en general muy confortables por dentro, luce un pequeño jardín cubierto al frente, y funcionan sistemas de calefacción alimentados con turba, y hasta el fin de la guerra, por pequeñas garrafas vendidas por agentes de Gas del Estado de Buenos Aires, empresa estatal argentina que instaló la excelente calefacción central de la residencia del gobernador de ocupación y de sus oficinas.

Las comunicaciones telefónicas funcionaban bien en las dos veces que estuve allí, por el viejo sistema de la manivela y el llamado a la operadora.

La pequeña capital estaba además comunicada con el campo por un lanchón-correo, y vuelos de pequeños anfibios Beaver, a cargo de expertos pilotos, en general expatriados. Con el continente, a partir del convenio bilateral argentino-británico de 1971, con hidroaviones primero y Fokker 27 y 28 más tarde, había dos frecuencias semanales para traslado de pasajeros, correspondencia y carga, entre Malvinas y Comodoro Rivadavia. Después de la nueva usurpación británica del archipiélago, todo ello dejó de funcionar, quedando hasta el momento

de comenzar a escribir este libro, prácticamente aislada su población. El costo para Gran Bretaña del mantenimiento de esta situación, es inmenso. Y aquí reside, quizás, una de las naturales presiones para una aceptación por parte de Londres, de la reanudación de las negociaciones sobre soberanía, hoy encargadas al esfuerzo diplomático del secretario general de la Organización de las Naciones Unidas, el peruano Javier Pérez de Cuéllar.

La hotelería no era por cierto de primera, ni mucho menos, pero se defendía el concepto que de ella se entiende por confortable, exclusivamente en el Upland Goose Hotel. Los demás, el Rose Hotel y el Globe Hotel, apenas si estaban en condiciones de ofrecer un modesto alojamiento. La pensión con comida de la señora Emma Steen, no compensaba con su alegre ambiente familiar, la flaqueza de sus servicios y la insulsez de sus viandas.

El almacén mayor —bien surtido— pertenece a la FIC, y es el West Store, ubicado sobre la calle costanera. Otros comercios independientes, proveen a los habitantes de diversos artículos, y el de Nat Bound ofrecía, hasta la reciente guerra austral, la originalidad de ostentar en su frente un escudo del Automóvil Club Argentino y un letrero que decía simplemente *delegado*. Es que el señor Bound era el primer y único agente de viajes de turismo instalado en Malvinas. Y decimos era, porque por ahora se le acabó este rubro agregado a su próspera tienda, donde también se venden revistas y libros.

Existe una radio local, y una red de conexiones

con las estancias, tanto las de la isla Soledad, como de la Gran Malvina y sus islotes habitados y adyacentes. Patrick Watts es el locutor, que estuvo en Buenos Aires cubriendo el campeonato mundial de futbol de 1978. No hay diarios, solamente unas hojas mimeografiadas con el pomposo título *The Falkland Islands Times*, por cierto al servicio del interés colonial, y que reemplazó a la antigua *The Falkland Islands Gazette*, del siglo anterior, mucho mejor armada y también impresa en mimeógrafo.

Algo inusitado me tocó presenciar en las fiestas de fin de año de 1979, en ocasión de mi segunda visita a las islas. En las vísperas navideñas y hasta el 1° de enero, puede decirse que el campo invade la pequeña capital malvinense. Esto viene ocurriendo todos los años, desde 1912, ya en la última etapa de la administración del gobernador de ocupación, sir William L. Allardyce.


Hacendados y sus peones, aquéllos en sus avionetas particulares, y éstos como pueden, se llegan hacia el 20 de diciembre a Stanley para participar entusiastamente, con el tradicional incentivo de la cerveza, en la gran fiesta anual que pasando por la misa del gallo, se prolonga en un rodeo con jineteada de novillos y en un extenso programa de carreras de caballos, reservadas para la flor de los planteles que en cada estancia sirven a la tarea rural. Y aquí puede observarse, como ocasión única, de un pantallazo, todo el ambiente humano en esta comunidad que habla exclusivamente inglés en territorio insular argentino. Y donde pueden apreciarse algunos aspectos sencillos que exhiben,

Stanley Sports Association

67th Annual Meeting



HELD AT
STANLEY RACE-COURSE
WEDNESDAY 26th & THURSDAY 27th
DECEMBER 1979



Programme
15 p

sin ficciones, el modo de vida colonial. Así pude ser testigo de como la mayor de las nietas de la dueña de la pensión donde me hospedé, estrenó entre risas y sonrojos los tacones altos para acompañar su primer vestido de fiesta, ocasión que marcaba también su primera salida oficial con su novio campesino, quien, al volante de un muy trajinado *jeep*, pasó a buscarla, luciendo impecablemente su *smoking*...

Al verlos partir, rumbo al baile de Nochebuena en *Town Hall* (salón municipal), pensé en el pequeño mundo que les propone la isla, que no es otra cosa que un mañana sin futuro, que ellos aceptan felices y sin ilusiones mayores. Que así de simple era entonces la realidad isleña...

De todo lo aquí expuesto, recogí testimonios de los propios malvinenses.

Una chica, de unos 13 años de edad, cuando le hice la pregunta sobre su opinión acerca de la transferencia de la administración del archipiélago a sus legítimos dueños, la República Argentina, me respondió con una sorpresiva respuesta: "¿Es que nos quieren quitar a nuestra reina?" dijo con un candor que surgía espontáneo de su recién asomada juventud.

Otro joven, que aparentaba unos 18 años, nos explicó —observe el lector que ello ocurría en 1976— que ellos resistirían cualquier intento invasor argentino, y pareció muy seguro que Londres acudiría en su auxilio. Y me espetó, a modo de despedida: "¿Por qué no se vuelve a Buenos Aires, y nos deja tranquilos?"

Kelvin Binnie, dueño de un comercio independiente, cuando le pregunté qué impresión le había causado la llegada de la misión Shackleton, por toda respuesta se encogió de hombros. Y aclaró en seguida: "Muchas misiones ya han venido para estudiar nuestras necesidades. Ninguna, hasta ahora, ha sido útil para nosotros". Sin rencor, dejaba escapar su queja de isleño mal atendido por la metrópolis distante...

Nanette King, esposa del hotelero propietario del Upland Goose, fue sincera: "En las islas existe un fuerte sentimiento en favor de Gran Bretaña, especialmente entre las mujeres. Yo se lo puedo decir con seguridad, pues conozco a todo el mundo. Nací aquí hace 45 años. Yo, personalmente, quiero a la Argentina, estuve cuatro veces en Buenos Aires. Pero prefiero seguir siendo británica, un kelper, aun sabiendo que todas las ventajas estarían si Malvinas pasara a dominio argentino. Y no me pregunte el porqué. Es así, sencillamente así..."

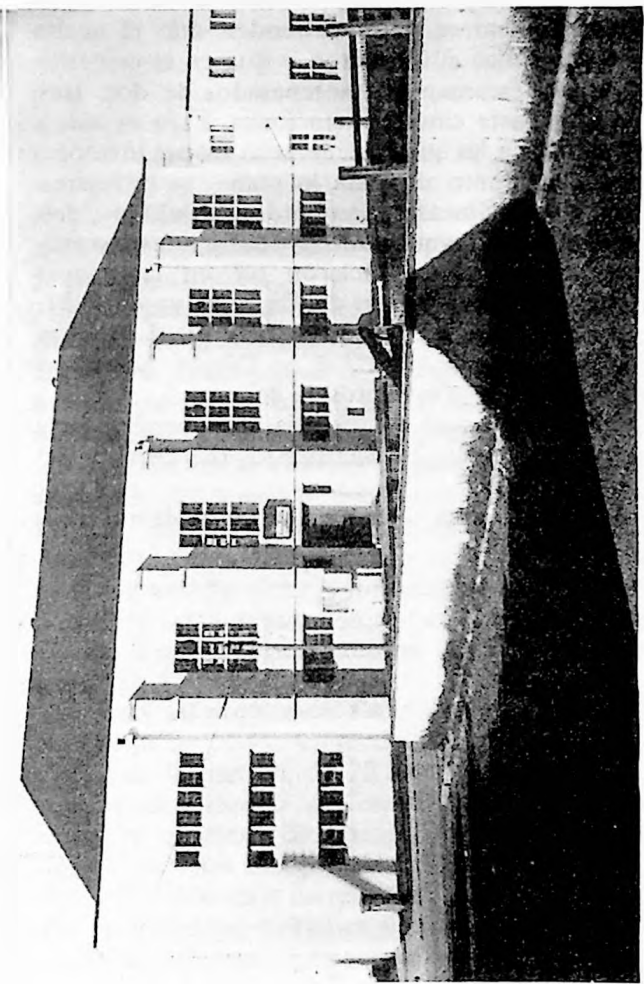
Sydney Miller, también kelper (como todos mis entrevistados), y hombre clave en la comunidad isleña, con más de 70 años de edad en ese enero de 1976, cuando le pregunté si era cierto que el consejo ejecutivo del gobierno de ocupación se había opuesto a que expertos argentinos integraran también la misión del lord Shackleton, me contestó: "Que uno o dos científicos de su país trabajaran conjuntamente, no había problema. Pero resulta que la Argentina pretendía también un jefe de misión compartido, y eso para nosotros los isleños fue inadmisibles".

En parecidos términos, fue la opinión de malvinenses del campo, como los Grant, de Puerto Luis; los MacPhee, de Green Patch; Roddy Napier, de East Point, y los Robertson, de Fox Bay West. Muy concreto fue Robin Pitaluga, estanciero de la zona llamada del Salvador, al afirmar:

—Por encima de las discrepancias entre Londres y Buenos Aires, los vínculos que hemos desarrollado con la Argentina, especialmente a partir de 1971, nos permiten hoy beneficiarnos con mayores contactos comerciales y sociales con el continente. Políticamente, conozco por supuesto el reclamo de vuestro país, pero nosotros, los nacidos en estas islas, rechazamos el derecho a ese reclamo. Sin embargo, existe hoy una positiva convivencia, lo que me hace tener esperanzas de que podamos continuar pacíficamente nuestras relaciones directas... Creo, sinceramente, que es mejor para los isleños y para los propios argentinos que las Malvinas sigan siendo británicas, con una muy buena y efectiva relación con la tierra continental— concluyó Pitaluga.

Al recordar en este ensayo esos testimonios, he querido formar en el lector una idea real de cómo pensaban los kelpers en su gran mayoría.

Esa fue la población que encontraron las fuerzas armadas argentinas en su patriótica intención de recuperar las islas cautivas desde 1833. Para el kelper, no fue solamente una sorpresa, sino también la desesperante sensación de sentirse ocupados por un ejército extraño, que había venido del continente vecino a perturbar su paz. Porque los



Municipalidad de Puerto Stanley, donde funciona el Post Office (Correos).

isleños no comprenden las razones de la legítima posición argentina, pues entienden más el hecho cierto que ellos allí nacieron y que en el cementerio local descansan sus antepasados de dos, tres, cuatro y hasta cinco generaciones. Esto es así, y por ello, ante las que consideraron tropas invasoras —desde su punto de vista lo eran— se retrajeron física y mentalmente, asombrados, cohibidos, desdichados, pero maquinando ayudas a nuestros enemigos, apenas éstos hicieron pie en las playas malvinenses, en la víspera del 25 de mayo de 1982. Y de ahí hasta el corto y triste final, nuestra bandera comenzó a flamear en Puerto Argentino agitada por adversos vientos de desastre.

Felizmente, para la historia que vendrá, esta guerra perdida no ha significado una derrota del objetivo.

Aceptarlo, sería como empezar a derrotarnos nosotros mismos.

Capítulo II

¿Y quienes fueron los antecesores de la comunidad malvinense de las cual nos ocupamos en el primer capítulo?

Hay que buscarlos allá por 1843, una década después de la usurpación. ¿Por qué así? . Porque Inglaterra había dejado transcurrir ocho años desde que ocupó por la fuerza las Malvinas, antes que el entonces lord John Rusell, secretario de Colonias y Emigración de la corona, pensara en regularizar la situación del nuevo dominio del Atlántico austral. De ese modo, se designo el primer gobernador, poniendo fin a las precarias administraciones de oficiales navales a cargo del archipiélago, que inició en 1834 el teniente de la armada real, Henry Smith, a quien le siguieron en 1838 Robert Lockway y en 1839 John Tyssen.

Quedó así nombrado *Teniente Gobernador* el 23 de agosto de 1841, Richard Clement Moody, joven oficial de la marina, de 28 años de edad, ratificado por nombramiento con sello de la corona que agregaba el cargo de comandante en jefe de las islas, y que fue firmado en Londres el 23 de junio de 1843. Año que marca, justamente, la época en que la autoridad británica de ocupación dispuso la venta de tierras, despertando en la metrópolis

imperial el interés de jóvenes ingleses y escoceses, que resolvieron, muchos de ellos con sus familias, correr la aventura colonial que les proponía el lejano sur.

Y también en ese año de 1843, fue trasladada la primitiva Puerto Luis a su asentamiento actual, recibiendo el nombre de Puerto Stanley en homenaje al ministro de colonias, el lord Edward G. Smith Stanley. Puerto Luis pasó a ser un recuerdo en esta tramposa historia de una colonia que sentó reales en territorio insular de pertenencia de una nueva nación americana, la República Argentina, cuya independencia había reconocido Londres en febrero de 1825.

Es decir, el despojo quedaba consolidado con la erección del caserío de Stanley, levantado en dos calles paralelas a la costa, en esa bahía de aguas tranquilas, al tiempo que en el vecino continente, las guerras civiles habían distraído a los gobiernos de Buenos Aires y desaprovechado la posibilidad cierta de la reconquista del archipiélago, cosa que pudo hacerse sin mayor inconveniente, cuando en la mayor parte de 1833 la isla Soledad quedó prácticamente sin autoridades, indefensa.

Digamos que Moody se preocupó por ordenar todos los mecanismos para el desarrollo y organización civil de la flamante posesión del Reino Unido. El ganado vacuno, chúcaro, se reproducía con facilidad, y muy poco habría de hacerse en esos años, hasta que en 1844, el comerciante inglés residente en Montevideo, Samuel Fisher Lafone, solicitó tierras en las Malvinas, y la corona le

No. 45

Darwiny Street
1. May 1845.

Should acknowledge the receipt
of your despatch of the 21. December
last, No. 45, explaining the
grounds on which you express
opinion that Lord Selkirk should
be chosen decided on for the
Act of Government of the F. H. C.
lands. -

I am very desirous of the
Act of the 1844, and have my
satisfaction to refer to your judgment
on a great degree the decision
of this question, being satisfied

Captain Mackay

etc

that your local knowledge
and anxiety for the future
welfare of the Colony would
enable you to form a better
judgment on the than any
one else. The Commissioner's
letter in your despatch of the 11th
December appears to me to be
conclusive on the matter - and
I have accordingly signed the same by
my approval of your decision to
continue the establishment of the
Government at Port Williams, and
to adopt it as the future basis of
Government. -

Yours, &c.

Your most Obedt Servant,

Stanley.

Downing Street
1º enero 1845

Señor,

Acuso recibo de su despacho del 4 de diciembre último, N° 45, explicando los motivos por los cuales es de opinión de que se decida de inmediato que Puerto William sea la sede del gobierno de las Islas Malvinas.

En mi despacho del 24 de abril de 1844 era mi intención someter a su criterio la decisión de este tema, por cuanto su conocimiento del lugar y su ansiedad por el futuro bienestar de la Colonia le permitirían formar un mejor juicio sobre el asunto que cualquier otra persona. Las consideraciones expuestas en su despacho del 4 de diciembre me parecen a mi concluyentes sobre el tema, y por lo tanto le concedo la aprobación de su decisión de continuar estableciendo el gobierno en Puerto William, adoptandolo como futuro asiento del gobierno.

Quedo, señor, su más obediente servidor

Firmado: Stanley

Al Capitán Moody

concedió aproximadamente 200 leguas al sur del llamado estrecho Choiseul. En esos campos, Lafone, espíritu emprendedor y con olfato para los buenos negocios, aprovechó muy bien el derecho que se le había concedido de explotar el ganado salvaje, e hizo durante seis años una fortuna con la curtiembre y venta de los cueros vacunos. Con él, el comercio isleño comenzó a perfilarse, y hábil conocedor de las circunstancias y sus posibilidades, vendió en 1841 sus campos y sus haciendas, a cambio de un suculento paquete de acciones, a una empresa londinense. Fue ello el comienzo del dominio monopólico de la Falkland Islands Company, pues de ella se trataba..

El paso progresista de Lafone quedó anotado en la historia malvinense, con la designación del nombre *Lafonia* a la parte sur de la isla Soledad.

En cuanto a la isla occidental, o Gran Malvina, no fue abierta a la colonización hasta 1867, cuando el gobierno británico ofreció en primera oportunidad 3.000 hectáreas en arriendo, divididas en parcelas de 80 hectáreas cada una. Un señor del condado de Wilt, en Inglaterra, John Waldron, fue el primero en responder favorablemente, y así, en el barco *Diane* alquilado al efecto, con pastores ovejeros, peones, servidumbre para la familia, provisiones y todo lo necesario, arribó a Port Howard. Para entonces, el negocio lanar, que la FIC había iniciado en 1851, con razas merinas, estaba en pleno desarrollo, y su explotación fue en consecuencia la mira de los nuevos colonos que siguieron a los pioneros de veinte años atrás.

Este éxito de los ovinos, estaba en relación directamente proporcional con la disminución del ganado bovino que, justo es señalarlo, solamente estuvo representado por hacienda guampuda, de carne magra y a la que sólo el aprovechamiento del cuero justificaba los altos costos del acorralamiento de tan bravíos animales.

En esta dura tarea rural, eran empleados preferentemente gauchos argentinos y orientales, por su habilidad en el uso del lazo y de las boleadoras. Ellos fueron también utilizados por los colonos británicos para dominar las grandes manadas de caballos indómitos que correteaban por el archipiélago, pues además de atraparlos y arrearlos hasta los establecimientos de campo, procedían a domarlos en ocasiones festivas, con exhibición de su natural destreza y la correspondiente admiración de los kelpers. Algunos gauchos entreveraron amores con muchachas coloniales, y así, de pronto, en los registros poblacionales aparecían algunos nombres de clara raíz hispánica: Casimiro Pinazo, José Farías, Pedro Noble, Angel Rivero, Eustaquio Garcia y otros de difícil pronunciación en inglés. Algunos de los mencionados, fueron gente destacada en Stanley, seguramente hijos de aquellos gauchos que, por casamiento de sus padres con hijas de colonos, se convirtieron en kelpers.

La pequeña capital isleña seguía creciendo, y para 1848 año del reemplazo de Moody por el nuevo gobernador, (un civil de nombre George Rennie), ya se habían levantado algunas casas en una tercera calle, y estaba habitada por 307 perso-

nas. Ya entonces los edificios eran de modesta apariencia exterior, pero confortables por dentro. Y no sólo en la población principal, sino también en el campo, donde, desde el comienzo colonizador, la preocupación de las amas de casa, era vestir a su vivienda con habitaciones totalmente alfrombradas, al tradicional estilo de Londres.

Y aquí convendría anotar un detalle importante; esas viviendas eran levantadas con el esfuerzo personal de cada colono y su grupo. En general, el método era el siguiente: apenas llegados al campo arrendado, elegían el mejor lugar en la costa, generalmente una caleta, para facilitar las maniobras de las embarcaciones en aguas protegidas; y comenzaban por levantar unas carpas y a veces una casilla precaria, mientras comenzaba la construcción del hogar definitivo. Es decir, que llegaban a un sitio absolutamente despoblado, y comenzaban de cero. Esfuerzo notable que es honesto destacar, y nos hace pensar mucho a los argentinos cuando sabemos de la escasa disposición de nuestras generaciones jóvenes, en todas las etapas de nuestra historia, para concurrir con espíritu progresista a poblar nuestra abandonada Patagonia.

Ya sé, se dirá que no están dadas las condiciones de infraestructura para cambiar las comodidades que acostubran la vida en las ciudades, por una expectativa incierta en un clima inhóspito. No soy sociólogo, y por lo tanto no puedo refutar ese argumento. Pero el hecho me parece la evidencia triste y dolorosa, que nuestra República Argentina, que es un *país* porque tiene límites que marcan sus

fronteras, que es una *nación* porque tiene leyes y una constitución sabia y prudente, pero que sin embargo todavía está buscando su propia definición de *patria*...

¿Acaso los Aldridge, los Armstrong, los Bethune, los Felton, los Bridges, los Bonner, los Frazer, los Turner, los Halliday, los McLeod, los McKenzie, los Morrison, los Pitaluga, los Dean, y muchos otros pioneros de la colonización preguntaron al gobierno en Londres, si la infraestructura del archipiélago contemplaba sus acostumbrados niveles de vida en la vieja Inglaterra?

Nosotros, más modestos, nos hubiéramos conformado con un nacionalismo que consolidara, por presencia, la extensa Patagonia. Pero ni siquiera supimos absorber al indio, y arrinconándolo y exterminándolo, hoy nos jactamos de nuestra acción civilizadora. Mejor regresemos a las Malvinas.

Su progreso, en cuanto a la colonia, era muy lento, y en 1863 apenas si había 692 habitantes. George Rennie, ya lo habíamos señalado, reemplazó a Moody, y su acto más trascendente, fue haber impuesto su autoridad sobre loberos clandestinos de los Estados Unidos. A Rennie, en 1855 le sucedió Thomas Moore, quien, a su turno, en 1862, dejó la gobernación en manos de George Mackenzie, bajo cuyo período el ganado ovino terminó por desplazar definitivamente al bovino, contándose para entonces unos 30.000 lanares en las islas. El comercio de la lana, comenzaba su agosto, especialmente para la FIC, poseedora de las fértiles

tierras de Lafonia y asentada en Darwin y Goose Green.

William Cleaver Robinson, de 1866 a 1870, y el coronel George D'Arcy, de 1870 a 1876, fueron los siguientes gobernadores de ocupación; datos registrables sobre sus respectivas administraciones, no los hubo de importancia, salvo el hecho de que seguían llegando colonos procedentes en su mayoría del Reino Unido, y unos pocos de Australia y de Nueva Zelandia, haciéndolo estos últimos a través de Chile y la Argentina. Claro que para los kelpers febrero de 1870 fue un muy especial, ya que contó con la visita del príncipe de Edinburgo, primer miembro de la familia real que llegaba al archipiélago, quien transmitió a los malvinenses un saludo de la reina Victoria. En ese tiempo, la población de las islas alcanzaba 800 habitantes..

Luego, de 1876 a 1880 gobernó Malvinas Thomas F. Callaghan, cuya primera medida administrativa fue recibida no precisamente con aplausos, pues creó impuestos para el expendio de licores y vinos. En su época floreció la industria del aceite de pingüino, así como la caza de leones, lobos y elefantes marinos. Y entre los habitantes de Stanley, Darwin y el campo, se pasó la marca del primer millar de malvinenses, a los que había que agregar medio centenar de expatriados.

A Callaghan le sucedió Mark Kerr, que ocupó la residencia gubernamental desde mediados de 1880 hasta fines de marzo de 1891. Durante el prolongado ejercicio de la gobernación, Kerr se preocupó por recorrer sus dominios, visitando las estancias



Mr Mark Kerr presents his
compliments to His Excellency
Major C Moyano y la
Señorita Ethel Turner and
has the honor to offer them
his sincere congratulations
on their recent marriage.

Stanley

14th October 1886.

Esquela de felicitación del gobernador Mark Kerr de las Malvinas, al gobernador Carlos Moyano, gobernador de Santa Cruz, por su casamiento con la kelper Ethel Turner.

no solamente las de la FIC y otras independientes de la isla Soledad (East. Island para los ingleses), sino también los nuevos establecimientos de la Gran Malvina (West Island), y hasta la misión religiosa fundada por el pastor anglicano Thomas Bridges en la isla Keppel, en el noroeste de la Gran Malvina. Esos largos viajes — —efectuó dos durante su gestión— le valieron poder disponer medidas que se las recuerda como efectivamente útiles para el por entonces muy lento desarrollo de la colonia, como, por ejemplo, la disposición de mayores frecuencias en los contactos marítimos que Puerto Stanley mantenía con los colonos.

Este señor Kerr, tuvo también un vínculo muy especial con nosotros, que ya veremos cuando hagamos referencia a los múltiples y sucesivos contactos entre los malvinenses y nuestro territorio patagónico. A él le sucedió en la gobernación Sir Roger Tuckfield Goldsworthy, que ocupó el cargo desde el 13 de abril de 1891 hasta el 16 de abril de 1897. Este personaje, condecorado por la casa real británica, lucía en la única fotografía que de él estuvo a nuestro alcance, una enérgica prestancia, que acentuaba un enorme bigote rubio que tapaba sus labios y esa mirada de soberbia de la cual le es muy difícil desprenderse a un inglés que se precie de serlo.

Traía sobrados títulos que ponderaban sus virtudes victorianas, y al asumir el cargo, en el acto de su juramento ante el consejo ejecutivo de la oficina gubernamental, impresionó grandemente tanto a los kelpers como a los expatriados. Pero la ceremonia

oficial de la asunción del cargo, empalideció su brillo, cuando, en los corrillos de la recepción ofrecida por el secretario colonial a cargo, Fred Shedden Sanguinetti, el nuevo gobernador se mostró muy curioso ante los estancieros allí presentes, sobre los modos existentes de explotación rural. Sir Roger venía de gobernar Honduras Británica (Belice) y tenía algunas ideas que a los isleños le parecieron excesivamente novedosas, sobre todo cuando dejó entrever que podría ser interesante, en tan amplias extensiones de campo, algo así como una reforma agraria. . . .

Pero antes, el flamante gobernador debió afrontar una seria contrariedad: la amenaza del flagelo de la sarna en los ovinos. Los hacendados venían solicitando a las autoridades isleñas la sanción de una ordenanza que posibilitara un arma ante tan tremenda eventualidad. Sir Roger consintió en ello, y quedó establecido un impuesto de 12 partes de penique por acre, cuya suma total el gobierno destinaría a combatir la plaga hasta su erradicación. Fue traído un inspector de ganado desde Nueva Zelanda que recorrió los campos con dos asistentes y aconsejó la obligatoriedad de cumplir con la ordenanza. Así se hizo, y en pocos años, la sarna fue erradicada por completo.

Además, le cupo a Sir Roger impulsar el recientemente fundado Banco de Ahorro, así como el seguro de vida para los pobladores, beneficios que habían sido implementados por la tenacidad de un colono llamado Robert Blake, erigido por propia gravitación de su personalidad en caudillo de los

ganaderos establecidos en la Gran Malvina. Otro Mérito del gobernador Goldsworthy, fue disponer que maestros viajeros enseñaran las primeras letras a los niños campesinos que no podían concurrir, por razones de distancia, a las únicas escuelas existentes, una en Stanley y la otra en Darwin, regentada, esta última por la FIC. Evidentemente, este sistema resultó el más adecuado, y aun subsiste en el archipiélago.

Conviene, para que el lector advierta la manera con que los colonizadores realizaban la consolidación de sus tierras arrendadas a la corona, detenernos algo más en Robert Blake. Fue, sin duda, desde su asentamiento, por la mitad de diciembre de 1873 en tierras regadas por el manso mar de la bahía Shallow (en inglés significa aguas poco profundas), el mejor de todos, provenía de una familia de Somerset, condado sureño de Inglaterra, y como bagaje principal llevó a Gran Malvina sus impulsos juveniles de hacer cosas útiles. Y así, instalado en Hill Cove, fue un permanente preocupado por progresar a base de su propio esfuerzo. Y sirvió, además, con su férreo carácter, a la comunidad campesina. Mejoró con sus insistencias ante la gobernación, los servicios de correos.

Mientras tanto, sin Roger seguía con su plan bien meditado de afianzar la colonia. Envío un médico permanente a Gran Malvina, y designó al comisario de policía de Stanley, para cumplir al mismo tiempo con las funciones de inspector de Aduanas, no sin que se manifestara cierta oposición a la medida. Para entonces, la personalidad del

gobernante lo hacía aparecer como demasiado medido en todas las cosas de la colonia. Y al tan mentado Robert Blake le pareció un desmedido avance sobre la privacidad de los colonos, al enterarse que Sir Roger examinaba la cuestión de la tenencia de tierras y que nuevos estudios serían ordenados para rectificar los realizados anteriormente que, a criterio del gobernador, eran tan ignorantes de la realidad como incompetentes. Y en su mente estaba, al revisar los términos de los arrendamientos próximos a expirar, disponer de subdivisiones que permitiera nuevos asentamientos rurales en parcelas de menor extensión.

Reforma agraria a la vista, los hacendados se movieron, encabezados por Robert Blake.

La verdad es que los propios campesinos no se alarmaban demasiado pues no consideraban seriamente que se concretaran los propósitos de la gobernación. La realidad decía que en 1892 vencía la mayoría de los arrendamientos, y los aspirantes a nuevas parcelas estaban dispuestos a pagar a la corona rentas superiores a las que efectivizaban los pioneros. Fue así que Blake y sus amigos de la isla occidental o Gran Malvina, ofertaron comprar las tierras que explotaban, en cuotas a convenir, a la expiración de los alquileres. Goldsworthy recomendó a Londres que rechazaran esas ofertas, y así actuó la metrópolis.

Sir Roger decidió entonces recorrer el campo, y sus observaciones no fueron favorables, al encontrar demasiado terreno inculto y, según el punto de vista de los rurales, sin apreciar verdaderamente

todo el esfuerzo hecho por ellos en condiciones climáticas desfavorables. Y prepararon su estrategia contra la reforma.

Le recordaron al gobernador, que durante la administración de Callaghan, por una ordenanza del año 1879, les garantizaba a los *farmers* la renovación de sus contratos a una renta anual de 20 libras esterlinas. Los colonos consideraban que la tierra era de ellos, y que en verdad necesitaban esas grandes extensiones de campo para que la crianza de ovinos fuera viable, dada la pobreza de las pasturas. Y estaban dispuestos a defender cada pedazo de su predio. Y pelearon directamente en Londres, cuando Keit Cameron, sintiéndose mal despojado de una parte de su asentamiento, escribió directamente al Ministerio de Colonias.

Pero ninguna de estas quejas tuvieron el efecto deseado por los colonos de la Gran Malvina, a pesar de que nunca dejaron de hostigar al sorprendente gobernador reformista. Y avanzaron más fuerte que nunca los hacendados, acusando a Goldsworthy de llevar una inapropiada política económica y diciendo, en nota dirigida a las autoridades de Londres que firmaron 144 colonos, que no podían aceptar ningún impuesto al negocio de la lana. El gobierno central, por orden del lord Ripon — en ese entonces secretario de estado para las colonias— dispuso una investigación de las finanzas de la administración en Malvinas, cuyo resultado determinó que todo estaba correcto.

Surgió así evidente que los quejosos de la isla occidental no estaban bien informados, y su com-

portamiento resultó a la postre más impulsivo que racional.

Este duelo entre las partes, significó un alerta para otras colonias, ya que era la primera vez que se levantaba un grupo de colonos en oposición a dictados de un gobernador nombrado por la corona, todos ellos directos descendientes de los pioneros, que arrastraban en su protesta contra los impuestos al campo, a los nuevos adquirentes de parcelas para la cría de ovinos. Y que, al mismo tiempo, la primera vez que un gobernador escribiera a Londres denunciando a los alzados por "ignorar los mejores intereses de una gran mayoría en favor de una pequeña minoría cuyos intereses individuales son por cierto bien conocidos". Su intento, aunque no pudo triunfar plenamente, fue sin duda valiente y elogiabile.

Sir Roger, pese a todo, siguió moviéndose con habilidad política, hasta que dejó su cargo —el 17 de abril de 1897, a los seis años de su difícil misión. En cuanto a Robert Blake, su nombre reaparecerá apenas mencionado en este ensayo, cuando toquemos el tema, mas adelante, en otro capítulo, de los vínculos entre Malvinas y la Patagonia.

El sucesor de Goldsworthy en Stanley fue sir William Gary —Wilson, cuya administración se extendió por cinco años, desde 1897 a 1902. En esa época, tocó puerto en las islas —que ya contaban con poco más de 2.000 habitantes— el rompehielos *Antartic* de la expedición polar sueca encabezada por Otto Nordenskjold. Uno de los oficiales a bordo invitado, era el alférez de fragata argentino, José

María Sobral, quien en su diario dejó escrita su indignación al ver flamear en el mástil principal de Stanley a la Union Jack.

Estos primeros años del siglo XX, marcaron los más prósperos de Malvinas. No solamente porque su población llegó a sus máximos registros, con casi 3.000 habitantes en la época de estada de los balleneros y loberos, sino también porque las majadas aumentaron en cantidad y mejoraron su calidad, y los barcos de vapor ya habían desplazado casi por completo a los antiguos veleros.

Después, el 1º de noviembre de 1902 ocupó la gobernación sir William L. Allardyce, quien estuvo al frente de la administración colonial hasta el 2 de abril de 1915, casi trece años. Le siguieron Sir Douglas Young (1915-1919); sir John Middleton, (después de un interinato de casi un año del teniente coronel St. Johnston) de 1920 a 1927; sir Arnold Hodson (1927 -1931); sir James O'Grady (1931-1935); sir Herbert Henniker-Heaton (1935-1941); sir Allen Cardinall (1941-1946); sir Miles Clifford (1946-1954); sir Arthur Raynor (1954-1957); sir Edwin Arrowsmith (1957-1964); sir Cosmo Haskard (1964-1971); Gordon Lewis (1971-1975); Neville French (1975 - 1976); James Parker (1977-1980), Rex Masterton Hunt (1980 al 2.4.82); general Mario Benjamín Menéndez (2.4 al 14.6.1982). R. M. Hunt, del 17.6.82 en adelante.

En estos años que comprenden poco más de tres cuartos de este siglo, las Malvinas continuaron

con su ritmo negociador de lanas con la City de Londres, al que hubo de agregarse una reactivación de la industria ballenera, hasta que definitivamente en 1916 se la trasladó a las Georgias del Sur, en cuya capital, Gryttviken, operaba desde 1904 una empresa argentina, pero ya en 1909 otras seis, de distinto origen, se habían establecido en la isla San Pedro, convertida así en el centro ballenero más importante de área subantártica. Recordemos que ya en 1908, el Reino Unido incluyó a las Georgias y a las Sandwich del Sur, como dependencias políticas de las Malvinas.

Como datos importantes en el área económica, debe consignarse que entre 1912 y 1916 se cazaron en aguas cercanas al archipiélago detentado por los ingleses desde 1833, nada menos que 769 ballenas que produjeron más de 23.000 barriles de aceite. Para entonces, también los loberos trasladaron su actividad más al Sur, ya que prácticamente habían sido exterminados en las costas malvinenses.

Y mientras, sin mayores cambios, la vida continuaba en las islas, aportando siempre la explotación lanera los mayores recursos, los kelpers y los funcionarios expatriados se vieron conmovidos por dos acontecimientos extraordinarios: las dos guerras mundiales.

En la primera, en aguas adyacentes se libró primero una batalla naval donde los cruceros alemanes derrotaron a una flotilla de la Royal Navy; pero el 8 de diciembre de 1914, una poderosa formación inglesa que había venido en auxilio, se tomó amplio desquite, infligiendo graves pérdidas a

los alemanes, que actuaron bajo el mando del célebre almirante Graf. Spee. Entre las dos guerras, las islas continuaron su rutinario sobrevivir. La población detuvo su crecimiento y el comercio dependía de las no siempre previstas oscilaciones del mercado internacional de la lana.

Al iniciarse la década de los años '30, con la gran crisis y sus secuelas, las Malvinas contaban con 2392 habitantes, de los cuales 1213 vivían en Stanley, 362, en Darwin y todo Lafonia, mientras que en la Gran Malvina y otras islas del oeste se registraba una población de 480. En otras estancias de la isla Soledad, habitaban 346 personas en total. En la pequeña capital, había en ese entonces 265 casas. De esta población, 2339 eran escoceses e ingleses, 18 chilenos, 16 noruegos, 6 argentinos, 4 daneses, 3 alemanes, 2 suecos y 2 uruguayos.

Posteriormente, mientras la Alemania nazi se convertía en una nueva amenaza para el mundo, teniendo como adalid al desmesurado Adolfo Hitler, en las Malvinas los isleños tomaban precauciones organizados por la dotación de infantería de marina que la metrópolis apostaba allí y reemplazaba cada dos años. A poco de declarada la segunda guerra mundial, el puerto de Stanley recibió para reparar sus averías, al crucero inglés *Exeter*, que en compañía de los cruceros ligeros *Ajax* y *Achilles*, habían logrado dar caza y herir de muerte al poderoso acorazado alemán *Graf Spee*, cuya artillería había dañado al ya citado *Exeter*.

Aparte esas emociones transitorias, todo siguió igual en la vida de los kelpers. Pero siempre

subsistieron vasos comunicantes entre los kelpers y el suelo patagónico. Muchos de ellos pasaron a ocupar y a explotar tierras óptimas de pertenencia de nuestro país. Sus establecimientos primitivos prosperaron y formaron familias argentinas asimilándose a las condiciones que les ofreció el continente. Algunos dirán —y resulta difícil contrariar esa opinión— que los gobiernos nacionales del pasado siglo fueron en extremo generosos con los *gringos* que habiendo hecho pie y fortuna en las Malvinas, extendieron sus dominios en la desierta Patagonia. Allí, justamente, donde apenas hubo muy pocos criollos decididos a establecerse, afrontando con valor la patriada grande de arrojar semilla nacional en los surcos naturales de tan vastas extensiones.

Ambas son verdades que duelen.

Los prácticamente regalos de tierra aprovechados por la extranjería.

Y la comodidad de nosotros mismos, al parecer incapaces de jugarnos bajo condiciones que exijan esfuerzo y sacrificio.

Capítulo III

La soledad isleña, en ese clima tan especial de las Malvinas —menos ventoso que en la Patagonia, y menos frío— invita a la introversión para abstraerse del mundo exterior. En el atardecer de Stanley —pude experimentarlo— se produce una sensación de melancólica serenidad, y esa reflexión sin testigos, a orillas del quieto mar de la bahía, hace bien al espíritu. Me decía Elizabeth Forster, mujer de la BBC de Londres, a quien encontré en las islas en mi segunda visita en diciembre de 1979, que esa quietud la emocionaba. Esta señora había ido para visitar a unos amigos en New Island, sobre el estrecho San Carlos, para estudiar los pájaros malvinenses, los que, según me manifestó, le fascinaban.

Dejando de lado la fascinación o no de las aves del archipiélago, es indudable que esa mansedumbre ambiental ayuda a que los domingos, la concurrencia masiva de los Kelpers a los servicios religiosos pueda considerarse, además de la propia satisfacción íntima del cumplimiento ritual, como una especie de sano escapismo y distracción.

Allí, luego del oficio, en cada templo se animan tertulias. Las mujeres, ataviadas al mejor estilo dominguero y aldeano —no olvidemos que Stanley ofrece las características de un pueblito grande— y

los hombres más formales en el vestir que en sus jornadas laborales. El cura, o el pastor protestante, que ya en los sermones habían difundido la semilla evangélica, se complacían en charlas con sus vecinos, donde cada uno expresaba sus cosas, y el hombre de Dios asentía o negaba según las circunstancias.

Estará pensando el lector —y pensará bien— que es mi propósito en este tercer capítulo referirme a la actividad religiosa en el archipiélago, y de modo especial a la iglesia católica, por tantas razones históricas anudada a la conciencia mayoritaria de los argentinos.

Comenzamos por decir que en las Malvinas, no reside nadie que no sea cristiano. Sin duda algún viajero ocasional podrá haber sido de cualquier otro culto, pero no alguien que viviera en Stanley. O tal vez en el campo, porque allí no se llevaban estrictos registros de personas. De todos modos esto no tiene otra importancia que la estadística. Es sabido por toda persona interesada en el tema malvinense, que la mayoría de su población profesa la religión anglicana, como así también la presbiteriana, la metodista, la evangelista bautista y la escocesa, grupo éste de credos cristianos cuya feligresía se la advierte cambiante en su número a través de los años. Quienes mantienen firmeza en el número de adeptos, son los católicos, que actualmente, con el descenso de población, alcanzan a muy poco más de centenar y medio de fieles, la gran mayoría de ellos habitantes de la pequeña capital.

Las misiones anglicanas fueron las primeras en establecerse, por razones lógicas del burocrático servicio exterior de la corona, representante natural de la iglesia de Inglaterra. Pero con la venida de muchos escoceses, presbiterianos y de la propia iglesia de Escocia, ambos cultos se practicaban en un pequeño templo, a pocos metros de la iglesia católica de Santa María y distante cuatro cuadras de la catedral anglicana, cuya torre se yergue como característica de todas las tarjetas postales de Stanley, sobre la calle costanera.

Los católicos, al promediar el siglo XIX, recién pudieron reorganizar su grey, y ello gracias a la llegada de varios soldados irlandeses que integraban la guarnición de infantería de marina que la metrópolis enviaba al archipiélago. Ya se conoce el fervoroso catolicismo de los hijos de la verde Irlanda, y al encontrarse con que en Stanley no contaban con los auxilios espirituales de la iglesia romana, se movilaron en la dirección adecuada: consultaron al cardenal Wiseman, primado de Gran Bretaña y con sede en la *catedral* de Westminster (no confundir con la *abadía*), y al cardenal Barnabó, prefecto de la Sagrada Congregación de la Propaganda Fide, acerca de la diócesis y del pastor bajo cuyo cayado se encontraban las islas.

La respuesta de los altos prelados fue que las islas Malvinas se encontraban dentro de la jurisdicción del diocesano de Buenos Aires. Sin duda, buen dato para la historia.

¿Y quien estaba en ese entonces al frente de la diócesis porteña? Pues el obispo monseñor doctor

Mariano de Escalada había sido designado obispo residencial de Buenos Aires por el Papa Pío IX, y tomó posesión de la sede el día 18 de noviembre de 1855.

Todavía no llevaba dos años ejerciendo la más alta dignidad católica en la Argentina, cuando le fue presentado aquel caso de la asistencia espiritual a los soldados católicos irlandeses llegados a las Malvinas a principios de 1857, y cuyo reclamo marcó la afirmación del catolicismo en el archipiélago austral. Solícito pastor de almas, el obispo le encargó al sacerdote irlandés, padre Antonio Domingo Fahy, la atención religiosa de sus connacionales en Stanley. Al respecto, existe una comunicación del Monseñor Escalada al Secretario de la Congregación de la Propaganda, sita en Dublin, anunciándole que el presbítero Fahy ya había promovido la misión de Malvinas. La carta estaba datada en la capital argentina, el 29 de enero de 1857.

Por cierto que antes de la usurpación, la iglesia católica tuvo vínculos ciertos con Puerto Luis, y al respecto existió —por lo menos fue consultado por el historiador presbítero Francisco Avella Chaffer— un legajo titulado “Islas Malvinas”, en el archivo de la secretaría del arzobispado de Buenos Aires. De modo que la actividad pastoral del padre Fahy significó el resurgimiento de la iglesia de Roma en las islas.

Sin embargo, investigaciones confiables, dijeron que el presbítero irlandés, Lorenzo Kirwan, había sido “el primer sacerdote que visitó aquellas lejanas

tierras desde su ocupación por los soldados británicos”.

Lo comprobado es que el padre Kirwan presidió la comisión destinada a obtener, por adquisición, un terreno para levantar allí una iglesia católica. Dicen los historiadores que la piadosa iniciativa había partido del gerente general de la Falkland Island Company, el señor Thomas Havers, católico practicante. Este ejecutivo (por mal usar el vocablo moderno que designa a quienes desempeñan altos cargos o funciones en grandes empresas) se ocupó del trámite y del papelerío ante el gobernador de ese tiempo, capitán de la Royal Navy, Thomas S. Moore.

Claro que la decisión no estaba allí en Stanley, sino en Londres, y más precisamente, en la casa real. Mientras se gestionaba la venia para comprar el terreno, el propio padre Kirwan, como titular de la Comisión Pro-fondo Iglesia Católica, y con la ayuda del secretario Peter Lynch, del tesorero Thomas Havers y la colaboración de los señores Cristobal Murray y Patricio Maguirre, juntaron el dinero. Entonces la reina Victoria autorizó la venta del terreno por la alta suma de 50 libras esterlinas.

El lote fue puesto a nombre del citado gerente de la FIC. y cuando éste debió retornar a Londres, a las oficinas centrales de su compañía, traspasó el terreno adquirido a los católicos malvinenses. Pero este traspaso, de acuerdo con la ley inglesa, debía concretar la transferencia en un súbdito británico, y entonces escribió el 13 de febrero de 1861 al obispo de Buenos Aires, para que el prelado argen-

tino designase la persona en quien recaería el trámite de la transferencia. Monseñor Escalada le comunicó el 2 de marzo siguiente la designación del padre Antonio Fahy y en caso de cualquier imposibilidad de su parte, del padre Santiago Curra, ambos irlandeses y súbditos del Reino Unido.

Este instrumento legal se firmó por fin en Montevideo, el día 18 de marzo, habiendo sido signatarios del mismo, Thomas Havers —ya en viaje a Londres— y los sacerdotes Fahy y Carran. A Havers lo acompañó en esa circunstancia, su esposa, María Clara. Lo restante del Fondo Pro-iglesia Católica, consistente en 20 libras esterlinas, le fue hecho llegar al diocesano porteño, representado por una formal letra de cambio. El costo de la escrituración, había insumido 5 libras esterlinas, entre certificación y sellado.

Mientras, desde Montevideo, Kirwan regresó a Buenos Aires y Fahy a la misión en Malvinas.

Otro sacerdote de quien se tenga testimonio que haya estado en nuestras islas Malvinas, es el padre Paricio Dillon, nacido en Irlanda en el año 1842. Aparentemente, fue el segundo religioso de la fe católica que pasó por la misión en Stanley, muy probablemente en 1863, a poco de llegar a Buenos Aires. Las deducciones de los investigadores en este tema específico de la presencia de sacerdotes de la iglesia romana en el archipiélago, conducen a estimar que Dillon permaneció allí corto tiempo, pues más tarde se le conoce mucha actividad en el continente. Y no sólo actividad eclesiástica, sino

también pública, como que fue congresal del año 1880 que consagró la federación de la ciudad de Buenos Aires. Y tres años más tarde, el padre Dillon ocupó una banca de senador por la provincia bonaerense, simultáneamente con ser distinguido por el Papa León XIII con el título y dignidad de prelado Doméstico.

Pergaminos tenía, sin duda, y bien adquiridos, pues había dejado excelentes recuerdos a su paso previo por Magdalena y en la capellanía de Merlo. Otro hecho importante de su obra, significó la fundación, en 1875, del semanario *The Southern Cross* (la cruz del Sur), que aún existe y que adquirió y sigue teniendo gran aceptación en la numerosa colonia irlandesa residente en nuestro país. Esta publicación ya más que centenaria, nutrió su páginas con muchas noticias de las Malvinas. Dillon, ya monseñor, falleció en 1889.

Otro religioso irlandés que estuvo poco tiempo en Stanley, fue el presbítero Guillermo Walsh. Se lo ubica allí en 1872 y a fines de ese mismo año estaba de vuelta en nuestra capital federal, ejerciendo su sacerdocio en la parroquia de Balvanera y también en la provincia, en San Antonio de Areco. Se dice que luego, en 1873 volvió a Malvinas, sin duda para despedirse de la filegresía isleña, pues ya había sido llamado por su obispo residente en Irlanda. En esta última y breve estancia en las islas sureñas, el padre Walsh pudo palpar el aprecio que su presencia había suscitado entre los fieles del catolicismo.

Quizás, aunque parezca superfluo, debe decirse

que el hecho que fueran sacerdotes irlandeses los enviados por el arzobispado de Buenos Aires, obedecía a la necesidad por una razón práctica, de una comunicación directa, a través del idioma inglés.

A mediados de aquel año de 1873, ejerció su ministerio en Malvinas el sacerdote Vicente de Vilas, de origen vasco-francés que dominaba la lengua de Shakespeare a lo largo de sus varios años en la diócesis de Birmingham, en Inglaterra. El 15 de junio bendijo la capilla "Stella Maris" en Stanley. Al padre de Vilas se lo registró de regreso en Buenos Aires, el 4 de marzo de 1874.

Para entonces, ya la diócesis porteña, promovida a arzobispado pocos años atrás —¿1867?— tenía nuevo conductor. Se trataba del monseñor doctor Federico León Aneiros, consagrado primado de la República Argentina por el cabildo metropolitano el 12 de setiembre de 1870, por la muerte de su antecesor, el monseñor Escalada, ocurrida el 28 de julio del mismo año.

Fue justamente el nuevo arzobispo de Buenos Aires receptor de una carta que revelaba otra nueva situación de abandono espiritual de la misión católica en Malvinas, al no haber sido suplantado de inmediato el citado padre de Vilas. La nota llevaba fecha de Puerto Stanley del 11 de agosto de 1874 y era firmada por el señor George Gerard, cónsul honorario de los Estados Unidos en las islas. Refería la epístola el problema que representaba la carencia de sacerdotes, por lo cual en la capilla "Stella Maris", construída por los esfuerzos de la

esposa del entonces gobernador de ocupación, coronel D'Arcy, el propio firmante leía las oraciones cada domingo, iniciando además la práctica de cantar vísperas. Y agregaba la carta, que ese mismo día, la señora del gobernador, enseñaba el catecismo a los niños. Comunicaba, además, que al no haber sacerdote, era poca la concurrencia, que él estimaba entre cincuenta y sesenta personas, de las cuales alrededor de veinticinco eran adultas, y los demás —superando el 50,% de la magra asistencia— menores de edad.

Pero algo más decía la misiva.

El señor Gerard, le manifestó estar dispuesto a abrazar el estado sacerdotal para ejercer el auxilio espiritual de aquellos católicos, que si bien reducidos en número, parecían estar movidos por una genuina devoción. Y solicitaba, este hombre civil y diplomático, que el arzobispo lo investiera con las sagradas órdenes, reconociendo él, al monseñor Aneiros como a su legítimo pastor.

En cuanto a la señora D'Arcy, emprendedora y dinámica mujer católica, de fervorosa convicción, obtuvo de su marido la donación de un terreno, mientras se revaluaba el adquirido —como ya lo relatamos aquí— por el señor Havers, y se lo enajenaba a favor del constructor de la capilla, como forma de pago. La iglesia se edificó. Y los católicos de Stanley tuvieron finalmente su templo.

Los efectos de la nota del señor Gerard —rechazada gentilmente— demoraron sólo lo indispensable para contar con un nuevo sacerdote, de habla inglesa, capacitado para hacerse cargo de la misión

en Malvinas. Y a principios de 1875 arribó a las islas el presbítero Santiago Foran, también irlandés, pero perteneciente a la diócesis de Hexham, en Inglaterra. Este sacerdote, impulsó la vida espiritual de los Kelpers y la tradición oral aun se hace eco de sus magníficos sermones en la pequeña iglesia católica. Además, fue a su manera periodista, pues envió a *The Southern Cross* una serie de notas sobre la vida isleña, que el periódico de los irlandeses en la Argentina publicó en forma destacada, dada su real importancia. Además, trasladó la capilla en Stanley, al lugar que hoy ocupa, conociéndosela como iglesia Santa María.

El padre Foran alternaba su condición de capellán en las Malvinas, con incursiones a la Argentina continental, con autorización de la Santa Sede. Finalmente, luego de dejar un conceptuoso recuerdo, regresó a su jurisdicción inglesa, en Hexham, y jamás regresó.

Pero sin duda el acto mayor de su gestión fue tramitar y obtener la entrada de los padres Salesianos en nuestro archipiélago austral, a quienes les traspasó la dirección de la misión a él confiada. Los seguidores de Don Bosco, que habían llegado a Buenos Aires en diciembre de 1875, se instalaron en Stanley a mediados de 1886.

Esta presencia salesiana, significó un nuevo impulso a la grey católica, aunque en varias oportunidades la barrera del idioma conspiró contra el mejor éxito de su tarea evangelizadora. El tiempo, sin embargo, fue solucionando estos aspectos, y

por un lado la presencia de jóvenes salesianos irlandeses y por otro la pronta adaptación de los curas latinos al ambiente sajón, y a su vez la mayor comprensión de los Kelpers para con los sacerdotes de origen latino, fueron factores principales en la feliz compenetración recíproca.

Pero mal se podría escribir sobre los salesianos en las Malvinas, si se omitiera una referencia al padre Mario Luis Migone, nacido en el Uruguay, quien fue capellán en la iglesia Santa María de Puerto Stanley, desde 1904 hasta 1937, año de su muerte, que ocurrió el día 1° de noviembre. Como se sabe, los restos del padre Migone, sacerdote de Don Bosco, descansan desde entonces en el cementerio de la capital del archipiélago. Su tumba era lugar obligado de visita de cuanto argentino llegaba a las islas.

Hombre inteligente, bilingüe, dotado de franciscana paciencia y labia convincente, los años que pasó allí los relató en su libro *33 años de vida malvinera*, que recién se publicó en Buenos Aires diez años después de su muerte, en una única edición, hoy por supuesto agotada, y que es un vivo testimonio de su accionar sin desmayos de poco más tres décadas en este pedazo de patria cautiva.

Su tarea resultó a la postre tan fructífera como intensa. Proporcionalmente al auge o a la decadencia poblacional del archipiélago, Mario Luis Migone, SDB, mantuvo viva la fe de los kelpers católicos, y aumentó su número. Se lo veía, muchas veces, andar por el campo, visitando establecimien-

tos, conformando a su feligresía.

Pero no todo se circunscribió a la labor pastoral en su larga permanencia en el archipiélago. Fue también fecunda su obra cultural y siempre bienvenida su presencia en los actos de relieve social. Hablaba un inglés pausado, y demostraba tanta sapiencia en temas filosóficos como en los más sencillos de la vida campesina, conocía a fondo historias de gauchos y le gustaba narrarlas con emoción folklórica. Sabía calzar un buen par de botas para andar cómodo sobre las turberas, y su rostro lucía curtido por la ruda intemperie isleña.

Todos los kelpers —católicos o no católicos— fueron sus amigos. Pareció un sacerdote avanzado en ideas para su tiempo. En ideas y en ideales. Como que se dió a la tarea silenciosa y sin gloria de la investigación. Su condición de religioso y de no ser ni argentino ni inglés, sino uruguayo, lo rodeó de una garantía de imparcialidad y del respeto de autoridades e isleños. Por ello, los nativos, no esquivaban hablar con él sobre política, ni aun cuando se trataba del por qué de la bandera británica en el asta donde antes había flameado la argentina.

Así, pudo investigar pacientemente tanto los derechos argentinos como los ingleses sobre las islas, recurriendo a bibliografía que le proporcionaba el gobierno de ocupación y los residentes; y otros libros que le facilitaban viajeros que llegaban desde la Patagonia o desde Montevideo.

Refiere en su publicación el padre Migone:

“Aun después de establecido en las islas, a pesar de haberme puesto al corriente, poco a poco, continuaba en mi ignorancia en cuanto se refería al legítimo propietario del archipiélago malvinero, aunque bien sabía que quienes lo gobernaban sólo acataban órdenes recibidas de Inglaterra.

“Hasta llegar allí, sólo había tenido noticias de las islas Malvinas y de su capital, por las lecciones de geografía aprendidas en el colegio. Mi Ignorancia en lo referente a su historia, posición geográfica, autoridades de que dependían y que las gobernaban, era completa”.

Migone vió llegar a Stanley numerosos barcos de guerra ingleses y al hablar con sus oficiales, dice en su libro:

“Empecé a darme cuenta de que había algo de misterio en cuanto se relacionaba con la política. Daba pie a esto la reticencia usada por ciertos marinos, a pesar de sus finos modales, al mencionar la bandera y la propiedad de las islas”.

Otros oficiales menos diplomáticos, al plantearles la misma cuestión el padre Migone, le respondieron por todo argumento:

“Si la Argentina cree que son suyas, que venga por ellas”.

Estaba allí, de nuevo la soberbia imperialista de la Rubia Albión.

Lo cierto es que el padre Migone, en su libro, con esos antecedentes y las conversaciones con las autoridades de ocupación, lo llevan a expresarse crudamente respecto al inglés:

*“En una palabra, son los ingleses los más industri-
ciosos ladrones de levita que se pasean por los
desiertos y las encrucijadas de este mundo”.*

Juicio más lapidario, imposible.

Esto me hizo recordar cuando el 28 de octubre de 1964, estando yo en Londres como corresponsal del diario *La Nación* debí pronunciar una charla en inglés a futuros oficiales de la marina en el Royal Naval College, en Greenwich. Fui invitado por el profesor de historia de esa alta casa de estudios, Charles C. Lloyd, para que ocupara ese día su cátedra. Mi tema fue, previo acuerdo con el profesor Lloyd, “Aspectos políticos de América latina”.

Al término de mi disertación, hubo 10 minutos de preguntas, y una de éstas, estuvo referida a cómo se definía en nuestros países al sur del Rio Grande, a los ingleses.

La pregunta no fue nada cómoda, dado el lugar donde me encontraba, y no queriendo ser de ningún modo descortés. Y tras dos segundos de reflexión, se me ocurrió la más sencilla de las contestaciones:

“En nuestros países —le dije a ese alumnado de cuarto año de estudios navales— a los ingleses los definimos con el conocido juego del 1, 2 y 3. Es decir: un inglés es un gentleman, dos ingleses son dos gentlemen, y *3ingleses juna colonia!*”.

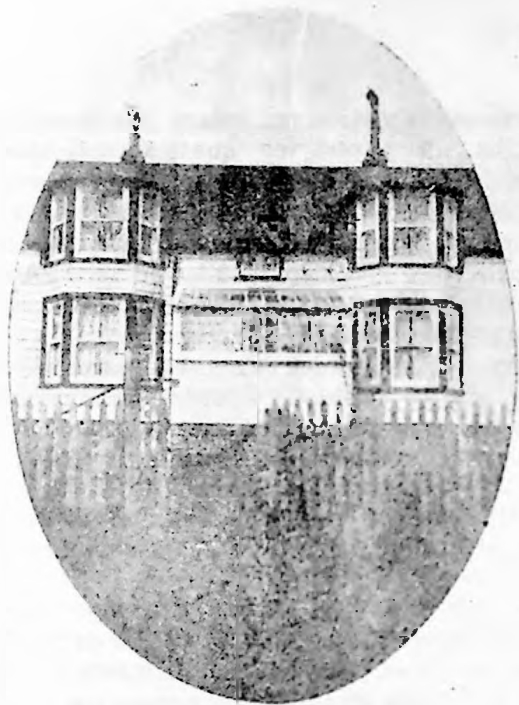
Risas y aplausos fue la respuesta cordial.

Bueno, creo que salí del paso, diciéndoles la verdad.

Fue también durante la capellanía del padre Migone, que las hijas de María Auxiliadora, comunidad de monjas salesianas también se hicieron presentes en Puerto Stanley. Fue el 28 de enero de 1907, cuando la madre Sor Angela Vallese —bene mérita religiosa a cuya biografía dedicó su libro *Una flor entre hielos* el distinguido sacerdote patagónico, Raúl Agustín Entraigas— inauguró en Malvinas un colegio para niñas, que tuvo en ese momento, favorable acogida entre la grey católica y aun entre las familias protestantes, que confiaron a las religiosas a cargo del establecimiento el cuidado de sus hijas. Muchas de ellas, se convirtieron al catolicismo.

No podemos abandonar el tema de la misión en Stanley sin referirnos a quien todavía hoy ostenta el cayado pastoral, y que llegó a las islas años más tarde del fallecimiento del sacerdote Migone, cuando ya Malvinas había dejado de estar incluida en la diócesis bonaerense. Se trata, como lo habrá advertido el avisado lector, del monseñor Daniel Martín Spraggon, un inglés que más allá de su alto ministerio espiritual, es una de las voces dominicales más sonoras, desde su púlpito, en pro del mantenimiento del ilegal dominio británico sobre el archipiélago.

Tuve ocasión de conversar con él en las dos oportunidades que visité las islas. Y también escuché sus sermones antiargentinos. En nuestros en-



Port Stanley, MALVINAS: Colegio María Auxiliadora.



cuentros mano a mano, taza de té por medio, me explicaba, una y otra vez, que no creía que la mentalidad de los kelpers pudiera llegar a comprender la demanda de la Argentina por la soberanía del archipiélago. Razonaba que ellos habían nacido británicos, bajo la Union Jack, y no sabían nada sobre lo ocurrido en 1833. Y que querían seguir siendo británicos. Nada nuevo, pensé.

Si debo aclarar, porque es honrado hacer historia limpia, que los sacerdotes irlandeses que propagaron en las islas la religión católica, no incursionaron en el plano político de la discusión bilateral, y actuaron sencillamente como súbditos de la corona, sembrando el Evangelio según la iglesia de Roma, como en una de las tantas colonias del imperio.

El padre Mario Luis Migone, uruguayo, primer salesiano en hacerse cargo de la misión en Stanley, en cambio, si procedió como simpatizante de nuestra causa. No por simpatía, sino porque sus propias investigaciones lo llevaron al convencimiento de que el archipiélago era de auténtica y clara pertenencia de la República Argentina.

Además de las misiones protestantes y católicas en Stanley, hubo otra particularmente importante que se estableció en la isla Keppel, de dos mil hectáreas de superficie, donde adquirió relieve el hombre de Tomás Bridges, que llegó allí siendo un adolescente y en pocos años logró una hazaña que se razonaba imposible, como era la de evangelizar pacíficamente a los indios yaganes de Tierra del

Fuego. Difícil fue la tarea, ciclópea en verdad, pero finalmente realizada.

Tanto fue así, que jóvenes fueguinos pudieron visitar y quedarse allí algunos años, en la misión de la isla Keppel, mientras Bridges, ya nombrado diácono por la iglesia anglicana, establecía su misión cerca de Ushuaia, sobre el canal de Beagle. Sus hijos menores, de los cinco que tuvo, nacieron argentinos, y un nieto de Tomás Bridges se sabe que vive hoy en la provincia de Buenos Aires, en un campo cerca de Sierra de la Ventana, en el partido de Tornquist. Su nombre es David Bridges.

El padre de este chacarero argentino, Lucas, fue quien describió, en un magnífico libro, la extraordinaria trayectoria del misionero que fue su padre. El volumen que, felizmente, pude leer, se llama en inglés, su idioma original, *Uttermost part of the Earth*. La edición española está agotada y su título es *El último confín de la tierra*.

En el próximo capítulo, trataremos de relatar cómo nuestras Malvinas estuvieron permanentemente comunicadas con la Patagonia. La acción civilizadora de Tomás Bridges en el extremo sur de la Argentina, es sólo una de las muchas conexiones que desde el pasado siglo XIX se establecieron entre el archipiélago mal habido por el Reino Unido y nuestra Argentina continental.

Capítulo IV

Malvinas es una colonia atípica dentro del sistema. No se sometió a ninguna población indígena pues no la había; apenas dos o tres docenas de origen cosmopolita constituían el primitivo asentamiento político y militar dispuesto por el gobierno de Buenos Aires en Puerto Luis, que el gobernador Vernet estaba perfilando exitosamente por su propia experiencia comercial al momento del atropello del 3 de enero de 1833. Ciertamente, un grupo humano que apenas podía ser denominado comunidad.

Vale decir, que nuestro archipiélago escapó al común denominador del vasallaje que imponía la corona en el siglo XIX a los pueblos de color que conquistaba por la fuerza, y que redundó en el negocio sin riesgos, con mano de obra barata pagada en peniques, que la industrialización metropolitana convertía en chelines y el mercado mundial transformaba en libras esterlinas. Inglaterra había inventado "su" prosperidad, con la sencilla fórmula de desarrollar su geopolítica colonialista, al mismo tiempo que mal disimulaba su apetito mercantil con el trasvasamiento de su cultura y sus modos de vida, como argumento civilizador, a la sociedad que sometía.

En nuestras Malvinas, no el procedimiento, pero sí las circunstancias, fueron distintas. Los colonos que llegaron a las islas, fueron *trasplantados* a suelo prácticamente virgen, sin rastros visibles de la presencia argentina, como que llegaron una década posterior al acto usurpador. Y sus asentamientos se hicieron por el propio esfuerzo de hombres blancos y cristianos. Así fue creciendo, aunque muy lentamente, esta ocupación de pioneros y sus descendientes, los Kelpers.

Más o menos a unos pocos centenares de kilómetros, estaba el continente, con su extensa Patagonia esperando entonces —y todavía sigue en la espera— a capitales argentinos que se decidieran a impulsar su desarrollo. La navegación, al promediar la última centuria, seguía realizándose intensamente con veleros de distinto porte, de modo que la comunicación naval entre las islas y la tierra patagónica fue cosa natural.

Como también lo fue el hecho determinante de la compra por la FIC de las extensas tierras de Lafonia, al sur de la isla Soledad, y la resolución de la compañía londinense de promover la cría del ganado ovino. Se agregaría así a la relación naval, la relación comercial en la comunicación archipiélago —continente.

Luis Piedra Buena, nacido en Carmen de Patagones en el mismo año en que el capitán Onslow había conquistado tan fácilmente las islas Malvinas, prácticamente inició su notable carrera de marino siendo muy joven. Se alistó como aspirante a oficial en la pequeña goleta *John E. Davison*, junto

al capitán norteamericano W.H.Smiley, experto lobero a quien, por sus condiciones bien probadas como hábil piloto de tormentas, se lo conocía en las regiones australes como el "cónsul de los mares". La fecha de embarque de Piedra Buena fue el 23 de julio de 1847, y justamente un año después en el citado pailebote arribó a las Malvinas. Habían tocado Puerto Stanley para reaprovisionarse. A principios de agosto de ese año, 1848, la *Davison* puso proa hacia el Cabo de Hornos.

Para Piedra Buena resultó tan útil como apasionante las correrías pesqueras en las frías aguas sureñas, al tiempo que quedó constancia de haber sido el primero en llevar ovejas malvinenses a Santa Cruz, así como a participar en las relaciones comerciales por entonces existentes con la costa atlántica de Río Negro, siempre como tripulante de la goleta a cuyo timón estaba el diestro marino de la América del Norte, el citado Smiley, a cuya vera estaba haciendo el joven argentino la mejor escuela para su aspiración de navegante.

El año 1849 sorprendió a Piedra Buena en viaje a Montevideo, en cuyos muelles recogió provisiones que Lafone enviaba a misioneros ingleses recientemente establecidos en la isla Navarino, en aguas fueguinas. En ese viaje, el viejo lobo de mar norteamericano, reconoció como segundo oficial a Luis Piedra Buena, entregándole el comando de la segunda ballenera. Luego, en 1852, estando surto en Puerto Deseado, lo ascendió a primer oficial.

Fue esa época en que sus viajes a las Malvinas se hicieron mas frecuentes, al comando de la nave de

Smiley, quien en 1858, le entregó el timón de la goleta *Manuelita* y un año más tarde, la capitanía del velero de mayor porte *Nancy*.

Con ambas naves, según los diagramas de ruta, viajó por los mares australes, recorriendo las costas patagónicas, Tierra del Fuego, la isla de los Estados y nuestras Malvinas. En una de esas travesías, llegó hasta Punta Arenas, en Chile, donde en 1866 adquirió el bergantín *Carlitos*, que luego lo fletó a Montevideo con un cargamento de carbón de piedra para su comercialización en el Uruguay. Cabe consignar que en cada uno de sus viajes, Piedra Buena —que por sus méritos alcanzó el grado de teniente coronel de marina— establecía vínculos comerciales entre nuestra Patagonia y el archipiélago malvinense. Llevaba distintos elementos requeridos en Puerto Stanley, y generalmente traía ovino de regreso.

Sin embargo, la suerte económica del legendar. marino de Carmen de Patagones, tuvo sus altibajos. Cuando permaneció algún tiempo en Malvinas, tuvo experiencias adversas. Se metió en comprar a unos agentes de seguros un buque semihundido cargado de láminas de cobre, creyendo obtener gran beneficio con la venta del metal. Pero luego de invertir medio año y mucho dinero en jornales y aparejos para reflotar el cargamento, y conseguir su propósito, un buque de guerra de la Royal Navy le intimó la entrega del cobre. Así, despojado arbitrariamente y sin tribunales de justicia donde apelar quedó quebrado. Para peor, había perdido uno de sus barcos. Pero, gran luchador, comenzó de nuevo.

Volvió al territorio continental, y se dedicó a poblar la isla Pavón, y ya a principios de 1868 contaba con algún ganado vacuno de las Malvinas, mientras proyectaba acrecentar su negocio pecuario con hacienda de Río Negro. Pero el ganado malvinense se le volvió bagual, al igual que los porcinos —también trídos desde las islas— debido a la falta de alambrados.

Hacia mediados de diciembre de 1868 volvió a viajar a nuestro archipiélago en la nave *Espora*, nombre con que había sido rebautizado la *Nancy*, insistiendo en la compra de vacunos y, conseguido su objetivo, regresó al continente. Diez años más tarde, es decir, en 1878, el gobierno nacional incorporó a la armada de guerra la goleta *Cabo de Hornos*, cuyo comando se le confió al todavía joven pero ya veterano Piedra Buena.

Es importante esta designación, porque ese barco, en 1880 —tres años antes de la muerte de Piedra Buena— hizo las veces de escuela en viaje de instrucción, llevando a bordo jóvenes cadetes para formarlos en la carrera naval. Al respecto, el entonces ministro de guerra y marina, Carlos Pellegrini, le había dado instrucciones al capitán para que, en su derrota por aguas australes, visitara con la dotación de futuros oficiales, las islas Malvinas.

Antes de entrar de lleno en la actividad comunicante entre el continente y el archipiélago argentino llevada a cabo por Carlos María Moyano —figura también destacada en la historia patagónica— recordemos que el distinguido historiador que fue Ernesto Fitte ha afirmado que los primeros

ensayos de embarques desde nuestro país a las Malvinas, fueron realizados por un joven inglés, John Whittington, quien al transportar desde el Reino Unido a Malvinas doce ovejas, le agregó otras seis embarcadas en Río Negro. Y mencionó también Fitte que en un informe datado en 1842, del gobernador de ocupación Moody, que el criador inglés de apellido Sheridan, radicado en la provincia de Buenos Aires, donde explotaba la estancia de su propiedad llamada "Los Sajones", había donado una majada para el archipiélago.

Más tarde, en 1845, también existen constancias de otro embarque de ovinos argentinos, cercano al millar.

Pero sin duda, ya decidida por la FIC la explotación ovina con el paulatino flujo de embarques hacia la peculiar colonia, el primer gerente general de la compañía, J.P. Dale, introdujo 46 cheviot, que se aclimataron muy bien y se reprodujeron normalmente, tanto que ocho años más tarde, había dos centenares de cheviot puros y unas seis mil ovejas puras por cruce con lanares patagónicos.

Se llegaría así a la conclusión que los ovinos que años más tarde compraría Moyano en Malvinas para llevar a Santa Cruz, eran de ascendencia argentina.

Otro marino argentino que visitó las islas luego de la ocupación por los británicos, fue Augusto Lasserre. Estuvo allí dos veces, la primera por muy corto tiempo, y la segunda de permanencia más prolongada. Fue, respectivamente, en los años 1857 y 1869, y en ambos casos, a bordo del velero *Daniel*.

En correspondencia que le había solicitado su amigo, el autor del Martín Fierro, José Hernández, el teniente coronel de marina Lasserre relató que Stanley tendría entre 500 y 600 habitantes y que su bahía era inmejorable. Había conocido lo que quedaba de Puerto Luis y que allí encontró radicado un matrimonio de un indio pampa con una inglesa.

Luego de hacer una interesante descripción de la pequeña población de Puerto Stanley y de su comunidad, narra la matanza de pingüinos para extraerles aceite y afirma que la grasa de once pájaros dá un galón de "pengüin -oil". Decía que pudo comprobar como un grupo de 14 hombres y un capataz regresaron con casi 30.000 galones de aceite, luego de un mes y medio de trabajo.

Toca Lasserre la parte política, al escribirle a Hernández, expresando que *muy pocos argentinos han permanecido en Malvinas después de la injusta ocupación inglesa*, agregando que *los que aún existen allí no pasan de veinte, todos ellos peones o capataces en las estancias, para cuyo trabajo sobresalen de muchos extranjeros*.

Y esa correspondencia amistosa que hizo Lasserre, sirvió a José Hernández para escribir artículos defensores de nuestra soberanía en su periódico *El Río de la Plata*, afirmando en una frase que, especialmente hoy, sigue vigente: que *los derechos argentinos sobre su integridad territorial no se prescribirán jamás*.

Ahora entraremos a considerar lo que bien podemos denominar la etapa Moyano.

Quien llegó a revistar como capitán de fragata en nuestra armada había nacido en Mendoza, el 4 de noviembre de 1855. Milagrosamente sobrevivió al terremoto de marzo de 1961. Guardiamarina en 1873, fue ascendido un año después a subteniente de marina, distinción que le alcanza cuando a bordo de la *Rosales* realizaba viajes al sur, bajo el mando del jefe de escuadrilla teniente coronel Martín Guerrico. El 20 de octubre de 1876, hizo su primer derrotero patagónico embarcado como segundo comandante de la *Santa Cruz*, goleta que capitaneaba el legendario Piedra Buena.

Esta experiencia tuvo profunda influencia en el destino del joven oficial Carlos María Moyano. Dejó el mar y se quedó en el puerto de Santa Cruz. Ya había sido "atrapado" por la enorme sugestión que en los espíritus deja la Patagonia.

Tanto es así, que me permito aquí referir lo ocurrido a un galés, el escritor y poeta Bryn Williams, quien a los 59 años de edad, en el año 1965, alcanzó el más alto galardón que otorga el país de Gales, la *Silla del Bardo* con un tema extraño y heróico: la historia de los pioneros que en 1865 se establecieron en el valle del Chubut. Williams escribió sus versos empleando el galés clásico, con lo que dió a su extenso poema un sonoro acento épico. El desarrollo argumental exalta aquella notable hazaña del puñado de galeses, y descubré su propio problema anímico de nostalgia, pues a los cinco años de edad fue llevado por sus padres a las tierras patagónicas, y volvió a su patria a los veintiuno, y allí vive desde entonces, donde es

importante funcionario de la Biblioteca Nacional galesa, con asiento en la ciudad de Aberystwth. Y en ese entonces, cuando lo conocí con motivo de aquellos juegos florales tuvo la amabilidad de leerme, traducida al inglés su bella composición, que empezaba así:

*El viento patagónico
Silva sobre mi cabeza,
y como una fuerza tremenda
me llama. . .*

Volviendo a Moyano, digamos que la década de los años '80, en el siglo pasado, registró la mayor fluidez en comunicaciones entre las islas y el continente, sin duda vinculada esa creciente actividad con los proyectos colonizadores y de impulso a la ganadería ovina en nuestros territorios patagónicos, que se auspiciaban desde el gobierno de Buenos Aires.

Una de las nuevas cinco provincias de la Patagonia, fue Santa Cruz, designándose gobernador el 25 de noviembre de 1884 al entonces sargento mayor de marina (equivalente a teniente de navío) Carlos María Moyano. Solicitado el correspondiente acuerdo del Senado, le fue prestado poco después, y su confirmación lleva las firmas del presidente Roca y del ministro del Interior, Bernardo de Irigoyen.

Al hacerse cargo de la administración santacruceña, el joven marino de 29 años de edad comenzó por cumplimentar las instrucciones recibidas desde Buenos Aires, especialmente el art. 9 del manual



(Reproducción del libro "Carlos Moyano, el explorador de la Patagonia" de María Clarisa Moyano)

enviado por el titular del Interior. Decía así: "Se faculta al gobernador para preparar y convenir arrendamientos del suelo con los habitantes del estrecho de Magallanes que lo han solicitado, o cualesquiera otros, bajo las condiciones siguientes:

1. Que el contrato de arrendamiento se prepare y firme en la gobernación.
2. Que se salve el terreno necesario para poblaciones, de los puertos y los de vías de comunicación con el interior.
3. Que sea condición esencial el contrato de introducción en el terreno arrendado de un número proporcionado de animales y la construcción de habitaciones, corrales etc., en el término perentorio que se fijará en el contrato.
4. Se sujetará a lo dispuesto en el decreto reglamentario de los arrendamientos del 13 de enero del corriente año.
5. Deberá remitir al ministerio del Interior los proyectos de contrato con una exposición de las zonas que han tenido para estipular las condiciones con que las haya celebrado a fin de que si se consideren arreglados, se les preste aprobación necesaria para su validez .
6. En los proyectos de contrato deberá salvarse el caso de que antes de llegar a este Ministerio hubiese sido concedido el terreno a otra persona".

Firmaba las instrucciones, con fecha 3 de diciembre de 1884, el Dr. Bernardo de Irigoyen, ministro del Interior.

El primer acuerdo, respondiendo a pedido de un consorcio presidido por H.P.Wood, fue por la cesión en arrendamiento de 200.000 hectáreas en Santa Cruz, con el compromiso de introducir 30.000 ovinos de las islas Malvinas y de Magallanes, dentro de un plazo de cinco años. Se formó así la estancia Cóndor, que llega hasta las faldas cordilleranas en su límite occidental. Mientras en la capital argentina se dictaban los decretos de aceptación, Moyano viajó a Stanley para implementar otros aspectos de las instrucciones recibidas.

A bordo del lugre *Piedra Buena*, comandado por el teniente de fragata Cándido Eyroa, llegó a la capital malvinense, y nos cuenta Teodoro Caillet-Bois, capitán de fragata, que "Moyano entabla conversaciones por medio del amigo intérprete (John Richmond, que lo acompañó en ese viaje presumiblemente en marzo de 1885) para atraer pobladores y ganado a la Patagonia, y encuentra ambiente propicio y logrará el mayor éxito. Entretanto llega el domingo, día cerrado a los negocios, y aunque cae nieve ligera, salen a caminar y a presenciar la salida de misa en el pequeño templo protestante. Llámale la atención a Moyano una inglesita que sale arrebujaada en coqueta mantilla de lana, menuda y delicada en el escenario de nieve como un 'edelweiss'. Es miss Ethel Turner, le informa Richmond". Resumiendo, que el marino argentino se enamoró a primera vista y en cuanto la muchacha malvinense, de ascendencia inglesa, veinte meses más tarde cumplió 18 años de edad, se casaron en recordada ceremonia en la capital y

puerto de Santa Cruz.

Una kelper se cruzó así en la vida de un notable hombre de mar argentino, cuyo nombre se prolonga hoy en su nieto el economista Dr. Carlos María Moyano Llerena, hijo de Juan Luis, primogénito de aquella unión realizada en septiembre de 1886. El matrimonio Moyano —Turner, también tuvo una hija, que aún sobrevive, con 91 años de edad y una envidiable lucidez mental. Su nombre es María Clarisa Moyano y es autora de un interesante volúmen donde narra la vida de su ilustre padre.

En Puerto Stanley, Moyano se conecta comercialmente con James Felton —de quien la entonces novia de Moyano era sobrina— y en una primera operación adquirió 2.000 lanares en el establecimiento Roy Cove, de Wickham Bertrand, en la Gran Malvina. Felton se mostró muy interesado, también, en arrendar o comprar tierras en Santa Cruz para lo cual ofrecía ovejas como forma de pago, cotizándolas en 18 chelines cada una (precio muy sobrevaluado, a nuestro entender, por cuanto en otras operaciones el precio no pasaba de los 10 peniques por oveja), por tratarse, según manifestaba el oferente, de ovinos fuertes y sanos.

Y luego al escribirle al gobernador Moyano a Santa Cruz, Felton preguntaba si el gobierno (argentino) ayudaría “a un número de colonos (malvinenses) sobrios e industriosos que quisieran establecerse en la Patagonia, pero cuyo capital limitado no sería suficiente para procurar la compra de ovejas y el pago del transporte de ellas”.

Aparentemente, la respuesta del gobernador Mo-

yano a tan significativo requerimiento, no ha quedado registrada..

Pero lo cierto es que el flujo de colonos y lanares desde el archipiélago se hizo más constante, y ya el 28 de mayo de 1885 un decreto del Poder Ejecutivo suscripto por Roca e Irigoyen, aprobó el contrato de arrendamiento que Moyano había propuesto para la estancia Cóndor, así como otros referidos a los colonos Waldrom y Greenshill, todas personas del conocimiento personal de Moyano.

Por otro decreto, del 11 de julio de 1885, con la firma de Roca y de su nuevo titular del ministerio del Interior, Benjamín Paz, se autorizó al gobernador de Santa Cruz a *conceder en arrendamiento las tierras nacionales de pastoreo*, como adicional a las anteriormente otorgadas.

Mientras tanto, James Felton le comunicó a Moyano, en otra carta, que luego podría entregarle de cuatro mil a cinco mil ovejas, también en Roy Cove. Nuestro gobernador insistió entonces en traer el ganado acompañándolo de colonos y kelpers que cuidaran del mismo. Llegaron así los primeros pobladores desde las islas, y ellos fueron Herbert Felton, John Scott, John y William Rudd, George McGeorge, John Hamilton, William Halliday, C. Woods, F. Weldon, H. Woodman y L. Redman, quienes se asentaron en campos de la zona de Gallegos y Coyle. Y también con ellos decenas de pastores ovejeros, puesteros, alambradores, domadores y esquiladores.

La primera tierra que se otorgó a Felton fue 30.000 hectáreas, que le entregaron por contrato

aprobado por las autoridades de Buenos Aires. Asimismo le fueron adjudicadas a William Halliday otras 22.000 hectáreas. Tiempo después, se le solucionó su petición de tierras a John E. Fudd, quien resultó favorecido con un contrato por 16.000 hectáreas.

Un curioso personaje, de nombre Henry Jamieson, llegó desde Australia vía Buenos Aires, de quien se decía que era mitad ovejero y mitad poeta. De todos modos, este australiano y pionero patagónico, se unió en Santa Cruz a los kelpers desembarcados durante los tres años que duró la administración del capitán de fragata Carlos María Moyano, vale decir, desde 1884 a 1887, en que renunció.

Y aquí debemos volver a encontrarnos con el ya citado colono malvinense Robert Blake, que en sociedad con Donald Munro operaban un floreciente establecimiento en San Julián. De estos dos personajes, se ocupa largamente el periodismo de Santa Cruz en los años '10 y '20 de este siglo a raíz de la muerte de Munro, y de los oscuros manejos que suscitó su importante sucesión, que en definitiva determinó la intervención de las autoridades nacionales para desbaratar la que pudo ser una cuantiosa estafa al fisco. Sucintamente, se trató de la pretensión de falsos herederos —Munro era solo, sin parientes directos— de apropiarse de su inmensa fortuna en campos y establecimientos de cría. Fue ello sin duda tentación muy fuerte para gente sin escrúpulos.

Pero felizmente para la historia de nuestra Pata-

gonia, dos periódicos editados en Río Gallegos, *El Radical* y *La Verdad*, enfrentando intereses propiciados por la extranjería dominante, dieron con sus crónicas testimonio de cuanto había acontecido en el lejano argentino.

En esta causa que nos ocupa, que alcanzó, lamentablemente, dimensión de escándalo nacional, Donald Munro fue calificado como hombre probo, como "uno de los bravos luchadores que desafiando la naturaleza hostil de la Patagonia, la vencieron a costa de fecundos sacrificios". Así decía un diario patagónico, agregando que había fallecido en el transcurso del año 1900, en el departamento San Julián, donde constantemente tuvo su domicilio legal y existían los bienes de su pertenencia. A partir de su deceso, comenzaron las maniobras, publicitadas en el periódico *La Unión* también de Río Gallegos, que apoyó siempre las gestiones de apoderamiento de la fortuna del señor Munro.

Si bien, como queda expresado, Donald Munro dejó a salvo su honrada capacidad de pionero, no todo fue tan claro para su ex socio Robert Blake.

La verdad histórica es que son más de cuarenta las estancias de propiedad de colonos extranjeros y de kelpers, que se extendían —y aún hoy se extienden con sus descendientes argentinos como patronos— por tierras de Santa Cruz y Tierra del Fuego. Vale la pena recordar algunos de los apellidos británicos y el nombre de sus establecimientos, que deben agregarse a los anteriormente citados cuando en 1886 llegaron los primeros malvinen-

ses, a bordo de un transporte de nuestra Armada:

Douglas (*La Esperanza y Los Moros*); Hamilton y Saunders (*Morro Chico, Pali-Aike, Los Frailes y Punta Loyola*); Kark y Oseburg (*Markatch-Aike*); Leslie Cameron (*Güer-Aike*); Sucesión MacDonal (*La Vanguardia*); William Ness (*Nueva Esperanza*); Carmarck y Baden (*Río Pelque*); Pablo Lezner (*Cakadón Fabre*); D'Hunval (*Laguna Benito*); S. Smith (*Falso Otetel-Aike*); Guillermo Dikie (*Bon Accord*); Payne y Atkinson (*Lago Argentino*); y Sociedad Anónima Patagonia (*El Paso*).

Hay también numerosas estancias de extranjeros de otra procedencia, siendo las más importantes las pertenecientes a la sociedad Menéndez Behety, de origen chileno, dueña de los establecimientos *Campamento, Estancia Anita, María Cristina y Aserradero Avellaneda*. En conexión con los Menéndez Behety deben computarse las estancias *Bella Vista*, de Sara Braun, y *Coy-Aike y Coyle*, de Mauricio Braun.

También posee asentamientos rurales la denominada Sociedad Explotadora, de capital chileno, propietaria de los establecimientos *Punta Alba, Estancia Marcon y Fuentes del Coyle*.

Otros, escudan sus nombres en sociedades anónimas, las principales de ellas todavía explotando miles y miles de hectáreas de suelo patagónico.

Toda esta situación es válida en cuanto representa trabajo y producción, y que además, se trata de una colonización *invitada* desde el gobierno central de nuestro país. Pero no es válida en cuanto

significa, en la mayoría de los casos, evasión de capitales del país y no cumplimiento de la legislación laboral vigente, pues son significativas y serias las muchas denuncias sobre ello.

Además, y esto también es muy grave, en la mayoría de las estancias de origen británico, se tienen siempre excusas para la aceptación de peones criollos, al mismo tiempo que conchaban personal chileno, que es mano de obra menos hábil, pero mucho más barata.

Cabe aclarar formalmente, que los kelpers que siguen residiendo en Malvinas no tienen culpa alguna de esta penetración británica de la Patagonia, puesto que fue auspiciada y siempre consentida desde Buenos Aires.

Al respecto, cabe recordar que en aquellos años '80 del siglo XIX, nuestro reclamo por la soberanía indiscutible del archipiélago, padeció de llamativa despreocupación de los gobiernos argentinos, justamente cuando la banca londinense Baring Brothers comenzaba a manejar desde su sucursal en Buenos Aires, el negocio agropecuario bilateral.

Y fue también la época en que señores ingleses, cómodamente sentados en los salones de los clubes selectos de la capital victoriana, disfrutaban de sus habanos y de sus whiskies al tiempo que comentaban los óptimos balances de sus explotaciones de ovinos en la Patagonia y de las libras esterlinas depositadas en la City.

Mientras tanto, las carnes del selecto ganado producido en los alfalfares de nuestra Pampa húmeda, se ofrecían en la *ventas al oído* en el mercado

de Smithfield a precios que permitían una posterior oferta económica para el bolsillo del consumidor británico.

Estamos llegando casi hasta el final de este capítulo sobre las comunicaciones entre Malvinas y el vecino continente. Pero antes, debemos recordar todo lo que había sido posible adelantar en ese sentido, con la Declaración Conjunta sobre Comunicaciones firmada el primer día de julio de 1971 entre los gobiernos de Buenos Aires y de Londres, y cuyo texto completo y comentario puede leerse en mi libro *Las Malvinas, una causa nacional* que también editó Corregidor. Es sabido que este documento diplomático —en la práctica, un convenio— ha recibido elogios y críticas. Lo concreto es que su puesta en marcha significó para los kelpers una serie de importantes beneficios, especialmente en lo relacionado con sus conexiones con el exterior.

Y también en otros muchos aspectos que, aunque ya son bien conocidos, creo oportuno repetirlos aquí:

* Vuelos semanales de la empresa LADE (Líneas Aéreas del Estado) entre Comodoro Rivadavia y Malvinas, ida y vuelta.

* Becas para niños malvinenses en colegios del territorio continental argentino.

* Coordinación de un sistema de asistencia de enfermos graves en el hospital Alvear, de YPF, en Comodoro Rivadavia.

* Se destinaron dos profesores de idioma español para la escuela pública de Stanley.

* Se concretaron servicios marítimos regulares con transportes Navales de la Armada Argentina.

* Se introdujo todo tipo de productos nacionales en el comercio isleño, en competencia con los habituales de procedencia europea.

* Gas del Estado instaló una planta de almacenamiento de tubos de gas propano, para abastecimiento de estufas y cocinas de fabricación argentina, de gran aceptación en Stanley y en el campo.

* Yacimientos Petrolíferos Fiscales instaló la planta *Antares*, con 27 grandes tanques para nafta común y de aviación. Además, YPF proveía la gasolina que se usaba en el archipiélago.

* Y lo más importante de todo, la construcción de una pista de aluminio, primero de 800 metros y luego extendida a 1200 metros. Los británicos se habían comprometido a hacer una pista de cemento, pero recién pudo inaugurarse a principios de 1979. Por supuesto, el 14 de junio de 1982, cesaron las comunicaciones regulares entre la Argentina continental y la Argentina insular.

¿Hasta cuándo?

La firmeza de nuestra Cancillería, y del país todo, dará la respuesta.

Capítulo V

Un argentino que había nacido en Río Gallegos allá por 1922, descendiente de ingleses por el padre y de escoceses por la madre, llegó a la isla Soledad del archipiélago de las Malvinas, al promediar 1960. Hombre de fuerte complexión, laborioso, ya aclimatado por su origen patagónico a los rigores del clima, muy pronto encontró trabajo en Puerto Stanley. Gobernaba en esa época, en nombre de la corona británica, sir Edwin Arrowsmith, y la vida transcurría sin mayores agitaciones para la tranquila población.

Este compatriota nuestro, se llamaba Reinaldo Ernesto Reed, pues así figuraba en su documentación, aunque en el directorio postal y telefónico de la capital malvinense, se lo denominase Reid. Posiblemente, un error del empleado que tomó nota del apellido, al registrar su nacimiento en aquel puerto sureño de la Argentina continental.

Por entonces, también vivía en Stanley una muy joven y agraciada kelper, de nombre Margaret Pamela McLeod. Su padre, proveniente de la región escocesa de Aberdeen, respondía al nombre de John, y se había destacado en tareas rurales en la estancia Spring Point, ubicada en Fox West, sobre la Gran Malvina, en aguas del estrecho de San

Carlos, que separa a las dos islas mayores del archipiélago. Falleció John McCleod en pleno desempeño de su trabajo, y su viuda, embarazada de quien sería luego Margaret Pamela, viajó a Stanley, donde poco después dio a luz. La flamante kelper, ya tenía dos hermanos, Isabela, la mayor, y Kenneth McCleod. Esta referencia, digamos frívola, en medio de la crónica de los kelpers, tiene su razón de ser. Pues Reinaldo Reed se casó con ella, cuando Pamela todavía era una "teenager" y de ese matrimonio nacieron nada menos que nueve hijos.

Retomemos a Reed o Reid, desde que pisó tierra malvinense. Se ocupó en muchos trabajos para ganarse la vida, y según los datos que pudimos recoger, en todos cumplió bien. Se hizo de cierto capital, adquirió una casa sobre la cuarta calle en la empinada Stanley, y fue así desarrollando, en paulatino ascenso, las condiciones de su familia.

Primero, ya afianzado económicamente, compró un local y abrió el *Victory Bar*, y años después, le agregó el restaurante al que llamó *Reynold's Café*. Un par de automóviles en buen uso, de segunda mano, aumentaron después su patrimonio, y al entrar en vigor el convenio de comunicaciones entre la Argentina continental y las Malvinas en 1971, incorporó a su actividad la distribución y venta de garrafas de gas envasado, procedentes de Buenos Aires. Este hombre estaba por cierto muy relacionado en la pequeña capital isleña, y por su condición bilingüe, sirvió muchas veces de nexo entre los kelpers y la oficina del delegado de la Comisión Consultiva Especial, dependiente de

nuestra Cancillería y que era al mismo tiempo representante en el archipiélago de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, Líneas Aéreas del Estado (LADE), Gas del Estado y del ministerio de Educación (referente a los profesores argentinos de idioma español).

Reinaldo Reed prestó un señalado servicio al país, cuando, en ocasión de las reuniones en foros internacionales sobre la cuestión de nuestra soberanía sobre las islas poco después de finalizada la guerra de 74 días, apoyó como testigo en el comité sobre descolonización de la Organización de las Naciones Unidas, con voz serena y convincente. no sólo las razones argentinas para intentar la recuperación de las islas, sino también sobre el comportamiento de nuestras tropas para con la población civil de Puerto Stanley.

El 6 de abril. Reed trasladó su familia de Puerto Argentino a Comodoro Rivadavia, donde estuvo residiendo apenas dos semanas. Desde allí, Pamela y su numerosa prole, llegó a Lanús, permaneciendo cerca de tres meses, oportunidad en que sus chicos en edad escolar, concurren a la escuela. Posteriormente, le fue adjudicada a la familia una vivienda en el aun no concluído barrio del FONAVI, denominado *Don Orione*, que se ubica a medio camino entre Burzaco y Claypole.

Lamentablemente para estos kelpers trasladados en circunstancias tan especiales a la Argentina continental, el jefe de esta numerosa familia murió de un síncope cardíaco al descender de un tren subterráneo en la estación Plaza San Martín,

en noviembre de 1982. Fui a expresarle mis condolencias a esta buena gente, ajena por completo a los sucesos que se desarrollaron tan aceleradamente, y que debió abandonar todas sus pertenencias, que quedaron a merced de situaciones no buscadas.

Por cierto que la señora Reid (los llamaremos ahora con ese nombre, por ser el registrado en la documentación malvinense) ha efectuado por los medios consulares correspondientes, un pedido de indemnización por parte del gobierno de ocupación británico, de acuerdo con las convenciones internacionales para tiempos de guerra. Mientras tanto, Pamela Reid recibe una pensión especial de las autoridades argentinas, por cuanto su esposo fue nuestro connacional y cuando falleció seguía prestando el servicio para el que había sido muy útil en Puerto Argentino, y que prolongó más tarde en Nueva York en apoyo de las gestiones del Palacio San Martín.

Otra ayuda es, sin duda, las clases de inglés que Dorcas, su hija mayor, de 20 años de edad, dá en casas de familia.

A Dorcas le siguen Alejandro, de 13 años; Raquel, de 11; las mellizas Ruth y Beth, de 10; Noemí, de 8; Rebeca, de 6; Febe, de 4, y José, de 2 años de edad.

Hablar con esta gente es interesante.

Pamela, ya mas ambientada, profundamente religiosa (toda la familia pertenece a la secta cristiana Testigos de Jehová) ha encontrado en la práctica de su credo la serenidad necesaria para conservar su

ánimo y enfrentar con dignidad el futuro. Para ella, la Argentina no es extraña, porque era la patria de Reinaldo, y además, había viajado con él dos o tres veces a Buenos Aires, quedando maravillada... pero deseando volver en seguida. Nostalgia de isleña, sin duda.

Lógicamente, ya no pueden regresar los Reid a la isla donde nacieron. La actuación destacada de Reinaldo en favor de la causa de su país, los han señalado a Pamela y su familia, a los ojos de los residentes malvinenses, como colaboracionistas de los argentinos. De modo que, con gran sensatez, han asumido la realidad de su destino.

En su peripecia, fueron aprendiendo una lección muy importante: lo horrible que es la guerra, y la bendición de la paz. Esto no lo olvidarán jamás.

De su estada de una quincena en Comodoro Rivadavia, recuerdan que les agradó el clima, tan parecido al malvinense, y el poder contemplar el mar, ese mismo mar que a ochocientos kilómetros de distancia, los había rodeado desde que nacieron.

Pamela extraña el mar.

¿Y sus hijos?

Dorcas, la mayor de la descendencia, merece especial atención. Nos ocuparemos de ella después.

Alejandro, más que al océano, añora a sus amigos y compañeros de juegos. Y a su amplia casa —en verdad, era muy cómoda, de varios ambientes, cuando los visité en Stanley en 1976— pero este pequeño hombrecito, con la mirada firme de sus ojos celestes, ya ha hecho su propio ambiente en el

barrio donde hoy vive, y cuenta con una "barra" de seguidores. Su personalidad es tan simpática como carnismática entre esos chicos.

Alejandro no sabe todavía qué carrera habrá de seguir cuando finalice sus estudios preparatorios. Confiesa que no es mal estudiante, y ya se prepara con entusiasmo para un nuevo año escolar, mientras las lecturas de interpretación de la Biblia le insumen un par de horas los fines de semana. Su bicicleta —que también utiliza Dorcas para sus traslados— es para Alejandro solamente un vehículo de "cabotaje", pues no sale del barrio.

Raquel, de 11 años, usa anteojos desde muy chica. Es una excelente alumna, y muestra orgullo la felicitación que sobre una semblanza que hizo de San Martín, estampó la maestra de Lanús en su carpeta de trabajos prácticos. La apasionan las matemáticas, y seguramente —dice confiada— obtendrá el doctorado en ciencias económicas. Las mellizas miran, hablan poco.

Noemí es la más retraída. No entiende porqué tuvo que morir su padre en momentos tan difíciles para ellos. Claro, ninguno de ellos lo entiende, pero a esta niña de sólo ocho años de edad, le cuesta aceptarlo.

Los tres más chicos, Rebeca y Febe, y el benjamín, José, todavía no se acostumbran mucho al español, y se expresan con mayor soltura en inglés. Pero ya la escuela, en su momento, los ambientará.

Y otra vez Dorcas, la mayor de las hijas de esta familia Kelper, cuenta cosas de Stanley. Del colegio al que asistía como becada de las autoridades

Argentinas a partir de 1972. Y de sus expectativas ahora, en su condición de residente permanente en nuestro país.

Es bastante comun decir de alguien inteligente y joven que conversa con nosotros, que echa a volar sus ilusiones.

No es el caso de Dorcas Reid. Ella, en sus flamantes 20 años, atesora íntimamente sus ilusiones. Pero habla, concretamente, de sus realidades. Está en una etapa lógica de prender a sentirse argentina, como lo fue su padre. Y quiere sentirlo así, razonablemente.

Desde cuarto grado de la escuela primaria, hasta recibirse de bachiller, fue alumna destacada del *Barker College*, de Lomas de Zamora, recibándose al mismo tiempo como profesora de inglés por el sistema Cambridge, en los niveles "O" y "A" (ordinary y advanced). y en el Instituto de Docencia N° 11 de Lanús, hizo la carrera de magisterio superior.

Este año de 1983, enseñará inglés a los alumnos de primera enseñanza del tradicional colegio St. Michael, de Adrogué.

. Allí también seguirán sus estudios Alejandro, Raquel, las gemelas y Beth y Ruth, Noemí y Rebeca. En este establecimiento bilingüe, podrán también, cuando les corresponda, continuar sus estudios secundarios.

Así la gente del barrio bonaerense *Don Oriome*, tiene, en vivo y en directo, una auténtica crónica de quienes son los kelpers. Y esa pequeña comunidad argentina los acompaña con su cordia-

lidad de vecinos, para hacerles menos pesada la nostalgia de su lugar de origen. En este clima humano, la familia Reid, de Puerto Stanley, islas Malvinas, ya está incorporada a nuestra realidad.

Aquí debemos agregar que otras dos kelpers, también se casaron con argentinos, en este caso empleados de Yacimientos Petrolíferos Fiscales en la planta "Antares". Se trata de Tessie Minto, hoy señora de Pernissi, y Susan Coutts, esposa del señor Maciello, matrimonio éste que reside en la localidad santafesina de San Lorenzo.

Mientras tanto, digamos que en el archipiélago pasados ya los benévolos días, la mayoría soleados, de diciembre y enero, el frío y las neviscas volvieron a reinar sobre la vida isleña. Y los kelpers siguen padeciendo la presencia de soldados. Bien que éstos hablan su mismo idioma, pero de todos modos perturban aquella tranquilidad que disfrutaban antes del intento argentino de recuperar militarmente las islas. También es cierto que el sentimiento de la población hacia esta tropa es amistoso, a la cual, en su condición de coloniales británicos, está agradecida. Sin embargo, la tensión subsiste, porque en su fuero íntimo el isleño presiente que podrían repetirse circunstancias similares a las ya vividas en 1982. Están prácticamente aislados, porque las comunicaciones con el exterior están cortadas, y solamente las noticias de la BBC los gratifica por las noches.

También la radio local —de acuerdo con publicaciones de la prensa londinense, según despachos de sus corresponsales en Malvinas— emite sólo música

y boletines con comentarios referidos a maniobras de la guarnición permanente de la infantería de marina y de la aviación, en sus misiones de vigilancia. Esta información la dan a conocer, a los efectos de llevar tranquilidad a las poblaciones de Stanley del campo, a manera de aviso de que siguen protegidos y seguros ante cualquier intento bélico desde el vecino continente.

Pero el nombre de nuestro país, ha vuelto a mencionarse allí es que tres islas del archipiélago —dos de mayor tamaño, Weddell y Saunders, y otra más pequeña, Passage— son de propiedad de la compañía fideicomisaria *John Hamilton Estates*, cuyo fundador, fue el criador de ovejas John Hamilton, a quien el lector recordará como uno de los primeros colonos arribados a Santa Cruz en 1886, que llegó a ser dueño de vastas tierras en nuestra Patagonia. Como la esposa de este kelper de origen escocés, era argentina, sus descendientes heredaron todas las estancias y pertenencias, incluyendo las tres islas malvinenses antes mencionadas, donde existen asentamientos de cría y explotación lanar.

Y según constancias trascendidas en Londres, Hamilton antes de morir, hizo todos los trámites pertinentes para asegurar la heredad de esas islas a los suyos, y eludir así jurídicamente, el *Acta de extranjeros* de 1908 que prohíbe a quien no sea británico, poseer tierras en el archipiélago. La compañía fideicomisaria que fundó, le permitió a sus herederos, todos argentinos, explotar sus campos malvinenses.

Bueno es recordar que dicha Acta del Parlamento fue el impedimento que tuvieron dos fuertes capitalistas argentinos, Francisco Capozzolo y César Cao Saravia, cuando tentaron al directorio de la FIC, cada uno por su lado, para que les vendieran el paquete mayoritario de la empresa.

Capozzolo, ganadero vinculado al Banco Tornquist y titular del poderoso consorcio empresario-financiero *Arbol Solo*, que en el Chaco posee más de 400.000 hectáreas de tierra, fracasó en su intento, pese a moverse con inteligente discreción, sabedor del interés que su propuesta había despertado en el número 120 de Pall Mall, en Londres, sede central de la Falkland Islands Company, calculándose su activo entonces —era el año 1977— en siete millones de dólares. Como la FIC era una de las tantas subsidiarias del fuerte grupo financiero inglés denominado *Charrington Industrial Holdings*, Capozzolo apuntó en esa dirección para sus trámites, designando intermediario al *Banco Occidental para la Industria y el Comercio*, integrante a su vez del grupo financiero francés de la familia Beaux, lo que daba a su oferta el respaldo suficiente para que los ingleses entendieran que se trataba de una transacción digna de ser considerada.

En cambio, Cao Saravia se manejó solo y directamente. El oferente, salteño que hizo su fortuna en los años '50 en la ciudad bonaerense de Chascomús, es presidente y fundador de *EMEPA*, fuerte empresa metalúrgica. Resumiendo, Cao Saravia ofreció por el paquete accionario total de la FIC, 10 millones de dólares al contado.

¿Se imagina el lector la excitación en la City?

Pero la respuesta fue negativa también en este caso, pues desde la gobernación colonial de Puerto Stanley, se recordó al Foreign Office la vigencia del Acta de Extranjeros y oficialmente se decidió entonces prevenir al directorio de la FIC de la prohibición de vender acciones a cualquiera que no sea ciudadano del Reino Unido.

Volviendo al tema de las tres islas propiedad de la John Hamilton Estates, lo anormal de todo esto, es que el intermediario de esta colosal fortuna iniciada en el siglo pasado, no está ni en Londres ni en Buenos Aires, sino en la isla Jersey, en aguas del Canal de la Mancha, donde rige una liberalidad fiscal muy bien aprovechada por los grandes consorcios evasores de impuestos. Y el mecanismo es el siguiente: de Malvinas se giran las ganancias a la citada isla de Jersey, y de allí a la Argentina.

A raíz de la guerra de 1982, la Hamilton Estates reclama indemnización a dos puntas: al gobierno de ocupación en Stanley, y a las autoridades argentinas, por interrupción de sus negocios, cosa que también han solicitado a Buenos Aires otros estancieros patagónicos, aduciendo las mismas causas.

Y en la capital británica, el reclamo del consorcio de los herederos argentinos de John Hamilton, causó revuelo no sólo en los editoriales de los principales diarios, sino también en el Parlamento de Westminster. Pero como el tránsito de las ganancias de la venta de lanas a través de Jersey es absolutamente legal en cuanto a la elusión del Acta

de Extranjeros, no prosperaron las protestas que desde Stanley hizo públicas el gobernador Rex Hunt, al expresar en una entrevista televisiva que "el consorcio John Hamilton es el clásico ejemplo de nuestros propietarios ausentes. Ellos son, y lejos —remató enojado— los peores estancieros que tenemos, y quisiera no tenerlos más aquí".

Claro que estas airadas declaraciones del gobernador para la televisión de Londres, no tienen más valor que el de una anécdota menor. Nadie ignora que Rex Hunt es mirado con cierta sorna por los miembros laboristas del Parlamento, quienes en más de una oportunidad han criticado su apego a la solemnidad en las más simples ceremonias, así como su entusiasmo por vestir los viejos uniformes del protocolo colonial, diseñados en el siglo XIX para impresionar a los naturales de las tierras ajenas de las que se apropiaba la corona británica.

Y como este no era el caso de Malvinas, hasta los propios kelpers no disimulaban sus sonrisas burlescas cuando Hunt lucía las casi carnalescas prendas del antiguo boato con que se investía a los gobernadores del pasado imperio. Más prácticos que este hombre sin importancia, las gestiones del abogado, William Hunter-Christie, director de la oficina en Londres del Falklands Island Committee, y Adrian Monk, delegado permanente de la gobernación en la metrópolis, manejan los hilos de la política isleña en contacto directo con los bloques políticos en el *lobby* de Westminster.

Así es como han iniciado una campaña para despojar a los Hamilton de las tres islas que

explotan en el negocio ovino, y que integran el archipiélago. No les hace gracia que anualmente giren al exterior, alrededor de 100.000 dólares que les produce la comercialización de la lana de sus majadas.

Sin embargo, este pleito entre la John Hamilton Estates y el gobierno de ocupación en Stanley, terminará seguramente en un empate: ni los británicos indemnizarán el reclamo por las pérdidas sufridas en la esquila a causa de la guerra, ni podrá quitarle la corona esas tierras, por cuanto, según lo especificó en un editorial el *Daily Mirror*: "El gobierno británico o el de las Falklands (Malvinas) pueden hacer muy poco, pues el negocio es completamente legal".

Otro diario de Londres, el conservador *Daily Telegraph*, en los primeros días de febrero de 1983, publicó en primera página una noticia procedente de Stanley, con motivo de la visita de un grupo de nueve miembros de la Cámara de los Comunes al archipiélago. El artículo especificaba que el laborista Dennis Canavan, durante la ceremonia oficial de recepción, expresó con voz perfectamente audible sus dudas sobre el derecho británico a la soberanía isleña, al mismo tiempo que se le oyó criticar a Margaret Thatcher, acusándola como directa responsable del hundimiento del crucero argentino *General Belgrano* fuera de la zona de exclusión impuesta por los ingleses. Y además, este *MP* (miembro del Parlamento) ridiculizó delante de los propios kelpers al gobernador de ocupación Hunt. Estas palabras del diputado laborista, in-

dignó al muy fogoso defensor del sistema colonial, el obispo católico monseñor Daniel Martín Spraggon, quien trató de agredirlo.

En verdad, el episodio sirvió para quebrar la monótona rutina isleña.

Otras noticias llegadas desde Puerto Stanley, dieron cuenta del casamiento de dos muchachas kelpers con soldados de la infantería de marina, aunque al no obtener permiso de salida, debieron pasar su corta luna de miel, de apenas una semana fuera de servicio otorgada a los marinos, en la propia isla, aunque una de las parejas, mejor emparentada, logró irse a una estancia.

Por su parte, especialistas siguen ocupados en la dificultosa tarea de limpiar zonas minadas por el ejército argentino, lo que ya habría producido dos muertos y tres heridos entre los integrantes del cuerpo detector de explosivos. Todo este trabajo sumamente peligroso, y las continuas alertas rojas con que se mantiene el entrenamiento de las unidades de defensa, ya han comenzado a fastidiar a los kelpers, pasada para ellos la euforia de la victoria militar.

“De pronto —narra un isleño en correspondencia a un pariente en Montevideo, al que escribió vía Londres— en horas de descanso, en la madrugada, se escuchan sirenas, y hasta disparos de cañón. Y uno no sabe si son simples ensayos o si de nuevo estamos siendo atacados por los argentinos”.

Tampoco las tropas coloniales hacen vida muy confortable. Deben dormir en dos barcos y unas veinte barcazas apostados en la bahía, y la comodi-

dad es precaria. Algunos oficiales, lo hacen en cuarteles mejor acondicionados.

Pero no solamente allí, en Stanley, existe preocupación. En el N^o. 10 de *Downing Street*, en Londres, la primera ministra y su gabinete deben afilar la punta de sus lápices, para conseguir o por lo menos tratar de lograrlo— una reducción de los gastos que significa la presencia militar británica en el territorio insular argentino. Al mismo tiempo que en los recintos de las cámaras de los Comunes y de los Lores, voces de la oposición al gobierno conservador, piden explicaciones casi a diario.

Fleet Street tampoco permanece ajena al problema, y los principales diarios editorializan pidiendo informaciones, porque en definitiva todas esas sumas exorbitantes del gasto de guerra, salen del bolsillo de cada británico. Expertos en economía dicen que el costo de mantener las Malvinas en poder del Reino Unido llegará, durante los próximos tres años, a más de un millón de libras esterlinas por habitante del archipiélago y, como se sabe, la población estable es de alrededor de 1.800 personas.

Dentro de esa enorme cuenta, debe incluirse el mantenimiento de la actual guarnición británica, de unos 3.500 hombres, que demandará unos 250 millones de libras esterlinas durante tres años. Con el agregado del costo de la guerra, que incluyendo el precio del reemplazo de barcos, aviones, armas y material diverso perdido en el conflicto, demandará otros 750 millones de la moneda inglesa, aproxima-

damente 1.140 millones de dólares.

Pero a tan fabulosa suma, habrá que descontarle unos 12 millones de dólares —apenas una gota de agua en el mar— que es el valor estimado del parque capturado por los británicos a las fuerzas argentinas. Camiones y jeeps —que ya están siendo utilizados— cañones, ametralladoras, fusiles, proyectiles de artillería liviana, cohetes y otros muchos artículos de utilización en la contienda bélica, constituyen el grueso del armamento abandonado por nuestros regulares. Entre ese material, se destacan 11.000 proyectiles de artillería de 105 mm valorados en 300 dólares cada uno, y cuatro millones de balas de armas automáticas de 7,62 mm de costo estimado en 33 centavos de dólar por cada una.

Estas mismas circunstancias adversas a la economía metropolitana, podrían muy bien convertirse, estiman los observadores de política internacional, en un factor decisivo que proyecte al Reino Unido a la mesa de las negociaciones bilaterales, muy a pesar de la terquedad de la señora Thatcher. Por lo menos se cree que mientras la República Argentina siga aferrada a sólo reconocer un cese de fuego de hecho, el gobierno de Whithall tendrá para preocuparse.

Y el dolor del bolsillo de los contribuyentes británicos, agregado a la no calmada ansiedad en que viven los malvinenses en la actualidad, muy posiblemente se conviertan en puentes bienvenidos que permitirán nuevamente el tránsito de los diplomáticos de ambas partes en busca del acuerdo final.

Porque 150 años de la irregular presencia de los usurpadores en suelo legítimamente nuestro, exige el triunfo definitivo del derecho sobre el anacronismo colonial.

Capítulo VI

¿Y cual será el futuro económico de las Malvinas?

Sin acuerdo y cooperación con la Argentina, irá languideciendo, afirmó en su informe de más de 400 páginas el lord Shackleton, luego del relevamiento que realizó en el archipiélago y en su mar adyacente, en enero de 1976, al frente de una expedición de expertos científicos.

Aquí lo analizaremos (al futuro isleño), partiendo de que, en un tiempo no muy lejano nuestra República Argentina haya podido finalmente obtener su reivindicación, con la *aprobación y reconocimiento de todas las naciones del orbe*. Esto no es pecar de un exceso de optimismo. Sino que se trata de una especulación lógica, en el sentido de que nuestra castigada nación encontrará definitivamente su rumbo institucional democrático, que los laboristas volverán a administrar el Reino Unido, y que el partido Demócrata será quien dirija la política exterior de Washington. Así tendremos clima para negociar en serio. Y entonces quedará demostrado que en el mundo de hoy, las batallas decisivas se ganan desde las trincheras diplomáticas.

En primer lugar, habrá que hacer en las islas buenos caminos para una red intercomunicante entre los distintos establecimientos de campo, y de éstos con la capital, que entonces volverá a ser reconocida como Puerto Argentino. Habrá que explotar las algas que rodean el archipiélago, y proyectar su industrialización. Esto, lógicamente, sin desmedro del negocio lanero, aunque estudiándose un diagrama de reforma agraria sujeto a las necesidades reales de la economía malvinense.

Atención especial merecerá el tendido de una ferrovía de trocha angosta o media que una la capital isleña con Darwin, con servicio de pasajeros y carga. Esto sería muy importante, y su costo no demasiado alto, por tratarse de una distancia de solamente 100 kilómetros. Fundamental será también la construcción de un verdadero puerto, como asimismo dotar a la planta "Antares" de YPF, de su propio muelle con suficiente comodidad para la operación de buques-tanque de la empresa estatal argentina.

Con base en Puerto Argentino, podrían desplazarse con mas facilidad por los mares sureños nuestros barcos pesqueros, aprovechando los valiosos recursos de vastas aguas territoriales, de las cuales sacan hoy provecho flotillas con banderas de países extraños, en abierta violación de los límites establecidos por el derecho internacional.

Y hacia el sur de las Malvinas, la explotación del krill que, además se convertiría en otra industria que ayudaría enormemente a sanear la maltratada

economía del país por políticas despreocupadas del interés nacional.

Yacimientos gasíferos y petrolíferos del Atlántico sur, la mayoría de los cuales se encontrarían dentro de aguas de clara jurisdicción argentina, tendría que dar lugar a que, con la dirección y resguardo de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, pudiera coordinarse con otras compañías de sólidos capitales y tecnología —está probado que una sola de ellas, no podría sobrellevar los costos de explotación— la extracción de gas y de crudo.

Posiblemente también se haga necesario que una estación de nuestro Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), proyecte tecnificar la producción del campo malvinense, habida cuenta que cesaría el monopolio de la Falkland Islands Company como primera medida de corrección de la economía isleña.

Otro importante rubro a considerar por la administración argentina, será el de la salud. El viejo hospital malvinense, ya había demostrado ser insuficiente, y requiere una urgente modernización, así como también complementar sus servicios asistenciales mediante la incorporación de profesionales capacitados para prestarlos.

Habrá que efectuar una tarea sumamente cuidadosa en lo que se refiera al trasvasamiento cultural a una población que ignora totalmente las tradiciones y la historia de la República Argentina, especialmente si los kelpers que resuelvan quedarse comprenden que se tratará de una nueva situación

a la que deberán adecuarse. Por cierto que a ellos se le respetarán sus propiedades, su religión, su idioma, con la sola obligación de acogerse a las leyes argentinas que se impongan para el archipiélago y sus dependencias, las Georgias y las Sandwich del Sur.

Seguramente, las Malvinas dependerán de la autoridad del Territorio Nacional de la Tierra del Fuego, Antártida e islas del Atlántico Sur, cuyo asiento es Ushuaia, sobre el canal de Beagle. Y, por supuesto, los kelpers que deseen conservar su nacionalidad británica, podrán hacerlo, sin ningún problema.

También el turismo podrá convertirse en una industria importante en el archipiélago bajo su natural administración argentina. Esto exigirá mejorar la disponibilidad hotelera, no sólo en términos de espacio, sino también en servicios. Y como un atractivo cierto para los visitantes, habrá que conservar todo lo que se encuentre en las islas como expresión de una época que no nos podrá gustar a los argentinos —me refiero a la época victoriana— preservando sus símbolos.

Habíamos mencionado las *algas*, como probable recurso económico de las islas.

Casi a flor de agua, entre los 8 y los 20 metros de profundidad, con un desarrollo horizontal de hasta 80 metros, se encuentran las algas rodeando prácticamente el archipiélago. Y son las denominadas algas marrones, las de mejor calidad, pues producen alginatos muy apreciados en las industrias textil, de ciertos comestibles, en la fabricación

de dulces y helados, y en la elaboración de bebidas sin alcohol. Estos alginatos de las algas marrones son de mayor viscosidad que los que se obtienen en otras partes del mundo.

Según apreciaciones de entendidos en la materia, en las aguas adyacentes a las Malvinas existe una reserva de 120.000 toneladas de algas frescas. Es decir, que cortadas tres veces al año, se podría obtener 1.000 kilos de alginatos por cada 40.000 kilos de algas frescas, ya que el aprovechamiento neto anual sería de unas 60.000 toneladas.

Claro que los cálculos económicos de la segura producción chocan con los cálculos del costo de explotación. Habrá que encontrarle solución técnica a este problema, pues lo cierto es que esta inmensa riqueza flotante e inexplorada, juega, intocada, en aguas del mar austral argentino, no sólo en Malvinas, sino también en Santa Cruz y en Tierra del fuego.

¿Y el *krill*?

Este pequeño crustáceo, de apenas cinco centímetros, contiene un alto porcentaje de proteínas y también vitaminas del complejo B. En la buena mesa, constituye un "bocado de Cardenales". También lo es para las ballenas, pero a la paulatina disminución de éstas, corresponde proporcionalmente una mayor existencia de *krill*.

Como posibilidad concreta, digamos que solamente en aguas atlánticas de jurisdicción argentina, la existencia del crustáceo —desde las Georgias del Sur hasta la región antártica— está estimada en

unos 80 millones de toneladas, casi dos tercios de la existencia mundial del krill. Y como éste es de muy fácil reproducción centuplicada, se lo puede considerar, con razón, como inagotable reserva natural de alimentos para la humanidad. Su índice proteico alcanza al 18 por ciento.

Y la otra palabra clave en el vocabulario económico del porvenir malvinense, es *petróleo*.

Esta palabra, casi mágica, tanto derriba gobiernos como controla, directamente o indirectamente, la economía contemporánea.

Aquí en nuestra República Argentina, por ejemplo, los historiadores vinculan el episodio del 6 de septiembre de 1930 —de triste recuerdo para la democracia institucional del país— con los intereses multinacionales de las empresas petrolíferas. Y en el orden internacional, los países árabes, en la década de los años '70, conmocionaron desde sus poderosos reinos y emiratos al mundo financiero, presionando al mercado desde su envidiable posición de ser los poseedores de los yacimientos más ricos del orbe.

En las islas Malvinas, hace mucho tiempo que se habla de petróleo.

Ahí están los estudios del profesor británico Donald Griffiths y del científico nacido en Chile, Bernardo Grossling, en los que ambos especialistas coinciden en que las perspectivas de hallar petróleo abundante en el mar adyacente del archipiélago, son buenas.

A su vez Richard Johnson, joven universitario especializado en hidrocarburos que integró la mi-

sión del lord Shackleton, expresó que era muy temprano todavía —ésto me lo dijo allí en Stanley en 1976— para determinar con absoluta seguridad la existencia de petróleo, aunque concedió la posibilidad. Y dijo también que, de haberlo, el problema sería el costo de explotación, que estimó, por día, en una suma millonaria en dólares.

Más concretos y optimistas han sido los estudiosos norteamericanos, que han calculado que de la cuenca entre las islas y Tierra del Fuego podrían extraerse alrededor de 200.000 millones de barriles.

Pero este tema, esencialmente político-económico, sigue suscitando polémicas, algunas de ellas de encendido tono, en las cuales no es difícil advertir en una y en otras, los acentos políticos sobre los económicos, o viceversa. En medio de esos planteos, a veces es bueno escuchar las voces de los técnicos en la materia, aunque éstos tampoco escapan a las influencias políticas sobre sus modos de enfocar los mecanismos que mejor coadyuvan al interés nacional.

Claro que para el argentino del común, el que circula por las calles de las ciudades populosas, por los pueblos de campaña o que recorre a caballo las distancias rurales, todo esto tiene un símbolo: *YPF*. Es la clave de nuestra industria petrolífera, es la sigla afirmativa de lo argentino.

Y Yacimientos Petrolíferos Fiscales es a su turno, el enemigo de las grandes empresas multinacionales que lucran con el oro negro, sin importar-

les fronteras ni respetar soberanías. Atropellan y en cuanto le entornan una puerta para avergiuar quien la ha golpeado, ponen el pie para asegurarse la entrada. Las últimas políticas económicas de los gobiernos de facto, les abrieron las puertas de par en par, y aquellas compañías que sirven a intereses foráneos, no sólo se han servido de las zonas previamente certificadas como óptimas por la exploración de YPF, sino que también se han apoderado de los escritores estratégicos de nuestra empresa nacional. y desde allí contribuyen, desaprensivamente, al vaciamiento de Yacimientos Petrolíferos Fiscales. Y a esa acción depredatoria y delictiva en perjuicio de la Nación, se suman las declaraciones fáciles de quienes nos proponen la alternativa de una país rico, aunque dependiente, o una República pobre y soberana. Ninguna es válida, las dos son tramposas. Los argentinos queremos un país *rico y soberano*.

Felizmente, existen en la Argentina hombres líderes que piensan y actúan con sentido nacional. Que quieren sacar el petróleo de bajo tierra o de bajo el mar. Con las ayudas que haya menester, por supuesto, pagando los servicios que correspondan, pero siempre custodiando los intereses de esta República Argentina en la cual felizmente hemos nacido.

Y en el archipiélago malvinense y sus dependencias, las Georgias y las Sandwich del Sur, nuestro país tendrá polos de desarrollo de una importancia aun no imaginada por los poderes públicos.

Esta sería, a grandes rasgos, la perspectiva económica considerandola desde la esperada recuperación argentina y su correspondiente administración política, en plenitud de soberanía.

¿Y mientras tanto, qué?

Mientras tanto, nuestras islas Malvinas, que nos pertenecen por derecho, siguen siendo británicas de hecho.

Pero su provenir económico es incierto. Existe, es verdad, una disposición política del gobierno conservador de Londres, de proyectar un plan de apoyo al archipiélago. Lo curioso es que, para ello, envían a un laborista, el tan mentado lord Shackleton, para efectuar un nuevo relevamiento socio-económico frente a la realidad que allí se vive después de la guerra con la Argentina.

Y esa realidad esta indicando signos adversos.

Las estancias, perdida una esquila, y muchos animales, están rehaciendo sus majadas. Y hasta la propia FIC está en un compás de espera, pues los nuevos tenedores de su paquete accionario, la *Coalite Co.*, piensan continuar con el negocio de las lanas, pero su mira apunta hacia las muy probables explotaciones petrolíferas en aguas malvinenses. Como que se trata de una empresa conectada con la distribución y comercialización de combustibles líquidos.

En cuanto a que el matrimonio Thatcher tenga intereses en esta compañía, no hay sobre ello constancia alguna en el Palacio San Martín, donde mas bien existiría la presunción que esa versión

correspondería a la lucha entre los partidos políticos ingleses.

También se está produciendo en Malvinas, una corriente emigratoria de jóvenes que, acentuada, se suma a la ya advertida en años anteriores. Una treintena de muchachos kelpers se ha embarcado en buques mercantes de paso por Stanley, con rumbo a Australia y a Nueva Zelandia. Buscan un mejor futuro visto la inseguridad del ofrecido en el archipiélago.

La mayoría de los emigrados piensa que al no poder acceder a la propiedad de la tierra —detenada en su mayoría por la FIC— no pueden ni siquiera esbozar un proyecto económico. Y han entendido que sus servicios y experiencia en las tareas rurales relacionadas con la explotación ovina, en las lejanas posesiones británicas del Océano Pacífico, podrán aspirar a un porvenir mejor.

En espera de diagramar un programa dinámico que permita incrementar la producción isleña, el gobierno de ocupación, asesorado desde Whitehall, procura apelar a darle a los kelpers mayores facilidades para el entretenimiento. Han reparado el precario hipódromo destinado a carreras cuadreras, erigido tribunas y se dispuso la realización de una reunión inaugural coincidiendo con la celebración oficial el sesquicentenario de la usurpación de las Malvinas.

Se trata, en realidad, de los tradicionales festejos de fin de año, que en diciembre de 1982 no pudieron realizarse porque aun quedaban en los alrededores

de la pequeña capital señales del cruento enfrentamiento con los argentinos. Y aprovechando la presencia de delegados enviados por Londres, volvió el campo a volcarse en la ciudad. Por supuesto, el consumo de cerveza marcó niveles de muy difícil superación, con la ayuda, por cierto, de la guarnición militar que ocupa prácticamente las islas. Sin embargo, el ánimo de los kelpers no estuvo a la altura de circunstancias normales, pese a la importancia de lo que es para ellos, su única efemérides.

Pero en pleno festejo, (dijeron cables de agencias de noticias europeas), las tropas fueron puestas en estado de alerta, al tener conocimiento la guarnición de infantería de marina y de la RAF (Royal Air Force), de probables acciones de hostigamiento de los argentinos. Esto significó que durante la noche, los barcos mercantes y pesqueros allí surtos apagaran sus luces, mientras las naves de guerra se internaban en alta mar. Este retraimiento de muchos jóvenes soldados para acompañar el festejo, restó sin duda brillo al acontecimiento.

De todos modos, desde las estancias trasladaron medio centenar de caballos y unos veinte novillos, para las carreras y los rodeos. Fácil es suponer que la población acompañó los actos fundamentalmente en razón de la oportunidad que se les brindaba de un sano esparcimiento, pese al frío, al que están por supuesto muy acostumbrados.

En todas las casas, flamearon banderines con la Unión Jack, y aparecieron los clásicos "slogans", impresos cuidadosamente en Londres, que rezan "Dios salve a la Reina", y "Conserve británica las

Falkland (malvinas)". Las iglesias con campanario, es decir la catedral anglicana y la católica de Santa María, echaron a vuelo sus voces de bronce: Y por la noche, los pobladores más importantes bebieron en el Colony Club y los más modestos en los bares públicos. En la residencia gubernamental, bien calefaccionada por Gas del Estado de Buenos Aires, un banquete marcó la celebración oficial, con un brindis por la reina.

Justamente Isabel II y su consorte, el príncipe Felipe, duque de Edimburgo, iniciaba esos días su contraofensiva político-diplomática en América latina. Se eligió para esta cabecera de playa el internacionalmente famoso balneario de Acapulco, en la costa azteca del Pacífico. Y el yate real, *Britannia*, sirvió de sala de recibo para que, a su bordo, y durante un paseo por el mar, los cancilleres de México y del Reino Unido iniciaran conversaciones revisando todo el espectro mundial.

Lógicamente, hablaron sobre el conflicto austral, y al parecer México ratificó la seguridad del pensamiento de su gobierno, en el sentido de reconocer los derechos soberanos de la Argentina sobre las islas Malvinas y sus dependencias.

No es difícil imaginarse a Mr. Pym sonriendo amablemente, al tiempo que cambiando de tema ofrecía a los mexicanos fuerte ayuda económica para aliviar sus problemas financieros de mayor urgencia.

Dicen que una de las causas por las cuales perdimos la guerra en la isla Soledad, fue el muy moderno armamento de los ingleses frente al obso-

leto provisto a nuestros chicos conscriptos. Es cierto. Pero en la diplomacia, Inglaterra sigue usando su vieja arma varias veces centenaria, que ha probado su eficacia: actuar sin apuro, y estar muy bien informada de lo que piensan del otro lado de la mesa de las negociaciones, cualquiera sea el tema a discutir.

Este estilo diplomático frío, calculador, ventajero, dispuesto al rápido aprovechamiento del mínimo espacio cedido por la otra parte, fue el que, a sabiendas de la ineluctable derrota de sus propios argumentos en la discusión bilateral con nuestro país, supo aquietar el ritmo negociador, siempre con una excusa de apariencia válida. Y en los preparativos argentinos para reconquistar las islas, tampoco le faltó información de sus servicios de inteligencia: pasó simplemente que la primera ministra desestimó los avisos.

En verdad, si para los no avisados, ese comportamiento de la diplomacia británica parece deplorable, no lo es tanto si se tiene en cuenta que a la nuestra le faltó en el trance del conflicto austral, tanto inteligencia como imaginación; y esta carencia también merecería el calificativo de deplorable.

Todo esto quedó demostrado en el volumen de 106 páginas del informe que sobre la guerra de las Malvinas produjo la *Comisión Franks*, a pedido del Parlamento en Londres. Como se supo oportunamente, se salva allí, en definitiva, la señora Thatcher del grueso de las acusaciones de negligencia y se la justifica por el envío de la *Task Force* al atlántico sur. Este comité estuvo presidido por el

lord Franks, e integrado por sus pares lord Barber, lord Lever of Manchester y lord Watkison, sir Patrick Nairne y el miembro laborista de la Cámara de los Comunes, Merlyn Rees, diputado por el distrito inglés de Leeds South.

Esta comisión había sido duramente objetada por el grupo más radicalizado del partido Laborista, y uno de sus voceros en los Comunes, George Foulkes, al conocer su integración, irónicamente la felicitó a la señora Thatcher por entender que con esos nombres ella tenía asegurada una conclusión eximente de sus responsabilidades, acusación que, calificada como injuriosa por el bloque conservador, resultó a la postre valedera.

Y luego de producido el 2 de abril, esa misma diplomacia inglesa manejó los hilos en la Naciones Unidas con tanta habilidad que neutralizó el veto de la Unión Soviética a la resolución 502 del Consejo de Seguridad, cuando en nuestra Cancillería se descontaba como seguro el apoyo de Moscú.

Pero no es este libro el lugar adecuado para poner de resalto nuestra debilidad diplomática trágicamente desinformada. Sin embargo, para ser justos, digamos que una explicación para esa deslucida actuación en los momentos trascendentes, está dada en que no tenía otro posibilidad: la política exterior necesita un país con una política interna coherente y exitosa, y ninguna de esas condiciones estaban dadas en abril de 1982.

Y no olvidemos tampoco que otra desventaja fue carecer nuestro país de Parlamento, donde se hu-

biera podido discutir día a día, como lo hicieron los británicos en Westminster, el transcurrir del conflicto. Sin duda, otra diferencia en favor de un Estado de derecho sobre un Estado de facto.

Además, luego del desastre militar, por una interpretación meramente semántica de la palabra repatriación, nuestras autoridades se opusieron a que, con intervención de la Cruz Roja Internacional, nuestros soldados muertos en los combates de las Malvinas fueran sepultados en la Argentina continental, como reclamaban sus parientes directos. Pero se reservaron el derecho de transferir oportunamente los restos al continente.

Se concedió así otra ventaja diplomática y psicológica a los ingleses, que resolvieron crear un cementerio para los 221 cadáveres, donde recibieron cristiana sepultura con los honores militares correspondientes brindados por tropas de ocupación británicas. El campo santo fue construido en las cercanías de Darwin. El funeral incluyó un toque de clarín, una descarga de fusilería, y oraciones pronunciadas en inglés por el obispo católico de Stanley, el monsenor Daniel Martin Spraggon. Estuvo presente el comandante de la guarnición británica, general de división David Thorne.

A 106 de las tumbas identificadas, le fueron colocadas placas de bronce con los respectivos nombres grabados, las que fueron traídas desde Londres. Las cruces de aquellos no identificados, llevan inscripta una leyenda en español, que dice

Aqui yace un soldado desconocido argentino, conocido sólo para Dios.

De todos modos, ellos descansan en suelo patrio.

Reflexión final

En primer lugar, no debemos olvidar que en el complicado siglo XIX, las jóvenes naciones americanas que se extendían desde el Río Grande al Cabo de Hornos —emergentes del viejo dominio español— despertaron a partir de la victoria del almirante Nelson en la batalla naval de Trafalgar el 21 de octubre de 1805, nuevas ambiciones colonizadoras en los gobernantes ingleses.

Fue así que Buenos Aires recibió, en 1806 y en 1807 la visita codiciosa de la armada británica, ya atrevida a incursionar en mares que antes respetaba como de pertenencia de España. Paradójicamente, recordemos que el rechazo exitoso al intento inglés, avivó la chispa revolucionaria de nuestros patriotas, en sus ideales emancipadores. Y desde mayo de 1810, por heredad histórica, las islas Malvinas pasaron a formar parte del patrimonio argentino, en base al principio de la integridad territorial.

Ya hemos comentado el porqué del fácil operativo naval británico sobre nuestras islas el 3 de enero 1833, Hoy, a 150 años del despojo, todavía el Reino Unido sigue aferrado a ellas, a sabiendas de que se trata de las últimas instancias de un imperio que se va desgranando por inexorable

andar de la historia. Y asentados allí los colonos, sus descendientes, los kelpers, se fueron desarrollando convencidos de la legitimidad del pabellón inglés que ondeaba en la casa de gobierno de Puerto Stanley, ignorantes e indiferentes por completo de los reclamos argentinos.

Además, ya dijimos que la colonia era visitada periódicamente por barcos procedentes del Río de la Plata y de otros puertos argentinos, y el tráfico consentido con la Patagonia, reforzó la convicción en los malvinenses allí nacidos, que se trataba de navíos de un país vecino y amigo, pero extranjero, pues su bandera era distinta, no era la Union Jack.

Por otra parte, ya quedó dicho en estas páginas que a solicitud de las autoridades de Buenos Aires, fue un gobernador de la provincia patagónica de Santa Cruz a buscar en las islas ovinos y colonos para activar la economía de nuestra extensa y despoblada región austral; y nadie se extrañó en las Malvinas ni en el continente por esos episodios, naturales en cuanto a comunicaciones con un archipiélago cercano.

El tema de la ocupación ilegal. no se tenía en cuenta entonces.

Quiero con esto significar que los kelpers nada tuvieron ni tienen que ver con el diferendo sobre soberanía. Ellos se sienten británicos, con toda lógica, y quieren seguir siéndolo. Además, llevado el problema al plano jurídico de la discusión bilateral argentinobritánica, está determinado por las resoluciones de las asambleas de las Naciones Unidas, que no es válido el *deseo* de los malvinen-

ses frente al argumento de la *integridad territorial*.

Esto nos hace ver que a nuestra diplomacia quizá le haya faltado vigor e información necesaria en los años '80 del siglo pasado, aunque también —justo es decirlo— hubo períodos de mayor firmeza de la Argentina respecto del hoy sesquicentenario pleito. Pero esa firmeza no alcanzó a cubrir los olvidos en la exigible continuidad del reclamo, principalmente por el manejo del poder, directa o indirectamente, por los grupos pro-británicos, que son los interesados propagadores del *¿Y para qué queremos las Malvinas?*

Por esto último puede quizás explicarse actitudes increíbles de personalidades argentinas, como cuando Julio A. Roca (hijo), expresó en Londres, en oportunidad de festejarse la firma del pacto Roca-Runciman, en 1933: *La Argentina, por su interdependencia recíproca es, desde el punto de vista económico, una parte integrante del Imperio Británico.*

Tal afrenta no merece comentarios.

Aquellas repudiables conductas tenían su correspondencia aquí en el país, donde desde hace más de medio siglo, apenas pudieron disfrutarse breves intervalos de gobiernos democráticos, que fueron sucesivamente abatidos por mesiánicas intervenciones militares, y así siguió oscilando el péndulo cíclico que hizo lento el andar de este gran país. Y la serie de alternas administraciones civiles y castrenses, fueron deteriorando la capacidad operativa de nuestra diplomacia, pues de poco valían las acciones de sus mejores funcionarios y embajado-

res, si la Argentina se exhibía ante el concierto de las naciones del orbe con una imagen negativa.

Fue por todo ello que si bien las intenciones del *Convenio de Comunicaciones* de 1971 entre las Malvinas y la Argentina continental fueron excelentes, los resultados no lo fueron tanto, por la carencia de "plafond" con que debía operar nuestra estrategia diplomática sobre el archipiélago.

Porque los kelpers siempre pusieron el acento, no en rechazar a los argentinos, sino en mostrar su temor a ser administrados por nosotros. Cuando allí estuve en el verano de 1976, se estaba cayendo a pedazos el régimen peronista presidido por la tercera mujer del ya entonces extinto líder. Y no habíamos demostrado tampoco en esa frustrada oportunidad democrática, mayores luces para gobernar el país...

Como imagen, para los kelpers, era absolutamente deplorable. Y pensaban, cuando uno les hablaba de la restitución de las islas a nuestro patrimonio, que para ellos significaría perder su ordenado y tranquilo sistema de vida. Y cuando volví a Stanley en diciembre de 1979, su argumento era que en Buenos Aires gobernaba una dictadura militar, a la que rechazaban por ser modelo contrario a la democracia y a las libertades a las que ellos, los kelpers, estaban acostumbrados.

Nos costaba, evidentemente, contradecir tales opiniones.

Personalmente, creo que aunque aquí tuviéramos el más inocente gobierno de boy-scouts, el

rechazo de los kelpers a una transferencia de soberanía sería el mismo. Así de convencidos están de que, nada fuera de la administración británica, podrá mejorar las rutinarias condiciones a que los somete la vida isleña. Ahora Inglaterra destinará varios millones de libras esterlinas para promover la reactivación económica y el bienestar en las islas usurpadas. Al respecto, no debemos caer en el error de descartar su posibilidad de éxito con esta inversión. Porque la realidad nos indica que si bien es cierto que las promesas de muchos países apoyan el derecho argentino, lo concreto es que los canales europeos, más allá de lo declarativo, siguen sin modificar sus ayudas al Reino Unido.

Los kelpers saben muy bien que la vieja potencia colonial no está sola en el Atlántico sur.

Es que el tema Malvinas es político-económico-militar.

Y no podemos desconocer que un nuevo orden internacional quedó sellado en Yalta. Que es el que rige y enmarca actualmente las disputas en este convulsionado mundo.

En ese diagrama, los poderosos intentan, y lo van logrando con los inmensos recursos a su disposición, dictar los rumbos a esta humanidad en incontrolada explosión demográfica que determina crecientes necesidades de muy difícil satisfacción.

La cuestión más importante, es darnos cuenta que Inglaterra no está sola. Por ejemplo, el secretario general de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, un oficial de cinco estrellas, el general Joseph Luns, es, de acuerdo con sus declara-

raciones ,uno de los más decididos opositores a que se reintegren las Malvinas a nuestro país.

Es que la OTAN (o NATO, en su sigla inglesa), no parece dispuesta a permitir que la República Argentina —para aquella organización, de cuestionable confiabilidad— posea las llaves de la comunicación interoceánica del Atlántico con el Pacífico. Y es más, la presencia actual de la fuerte guarnición británica con sus infantes de marina, su aviación y sus naves custodiando el archipiélago, constituye sólo un adelanto a la pretensión de la Alianza Occidental de destacar una flota permanente en el Atlántico Sur.

En cuanto a lo realmente rescatable de todo esto, la magnífica solidaridad de la América latina con nuestra causa, es mas notable aun por cuanto, si bien por razones históricas no podía ser de otro modo, vale ese acompañamiento solidario de los países hermanos, si tenemos en cuenta que por muchos años desatendimos esas relaciones fraternas, especialmente cuando se alentaba nuestra soberbia de considerarnos *los europeos* de Latinoamérica.

Ahora nos quedan los foros diplomáticos para seguir la lucha. En esto acompaña la ciudadanía toda, pero con la condición de que no se les siga repitiendo que la culpa es de todos, porque el pueblo no participó en las decisiones. .

Y llegará la justicia a satisfacer la legitimidad del derecho argentino. Esto no puede dudarse. Siempre, por supuesto, que se actúe sin irreflexivos delirios, con los pies sobre la tierra.

Entonces sí podremos demostrarles a los kelpers, con las buenas razones de nuestra democracia restituída y de un país administrado con eficacia y con decencia, que podrán vivir tranquilos y alentarse un mejor porvenir, cuando Stanley vuelva a llamarse Puerto Argentino, con la bandera nacional enarbolada en su asta mayor.

Me resta sólo desear para este tiempo y para el tiempo futuro, una Argentina prioritaria para argentinos —pero sin chauvinistas aislamientos que vuelvan a descolocarnos ante el mundo— rumbo a su destino libre, progresista y democrático, *descolonizada las Malvinas y descolonizado el país todo*. Valdrá la pena el esfuerzo.

**ESTA EDICION SE TERMINO DE IMPRIMIR
EN EL MES DE DICIEMBRE DE 1983
EN ARTES GRAFICAS DEL SUR
SANTIAGO DEL ESTERO 1961
AVELLANEDA**

7999



Haroldo Foulkes —periodista, escritor, ex diplomático, Miembro de Número del Instituto de las Islas Malvinas y Tierras Australes Argentinas y profesor de Política Internacional en la Escuela de Periodistas del Círculo de la Prensa— ha querido expresar aquí, utilizando la reconocida agilidad de su pluma, aspectos poco divulgados en forma ordenada sobre los kelpers. Esta comunidad de los nacidos en nuestras islas Malvinas, sigue oponiéndose obstinadamente a que puedan ser administrados por los argentinos, temerosos de que resulte alterado, si esa circunstancia se cumpliera, su tranquilo sistema de vida colonial. También Foulkes dedica un capítulo a las permanentes comunicaciones entre nuestra Patagonia y el archipiélago cautivo de los ingleses desde 1833, tráfico consentido desde Buenos Aires, con el agregado de que fueron altos funcionarios compatriotas nuestros quienes, por orden del gobierno central, introdujeron a los kelpers en la provincia de Santa Cruz, otorgándoles por contrato inmensas extensiones de campo para la cría del ganado ovino, en arrendamientos que a lo largo del tiempo se convirtieron en propiedades. En su reflexión final, el autor propugna no solamente la descolonización de las Malvinas, sino también la descolonización del país todo. Se trata, en resumen, de un valiente alegato en favor de una República Argentina, prioridad para argentinos, pero sin chauvinismos que nos aislen y nos descoloquen en el concierto de las naciones.

Corregidor

